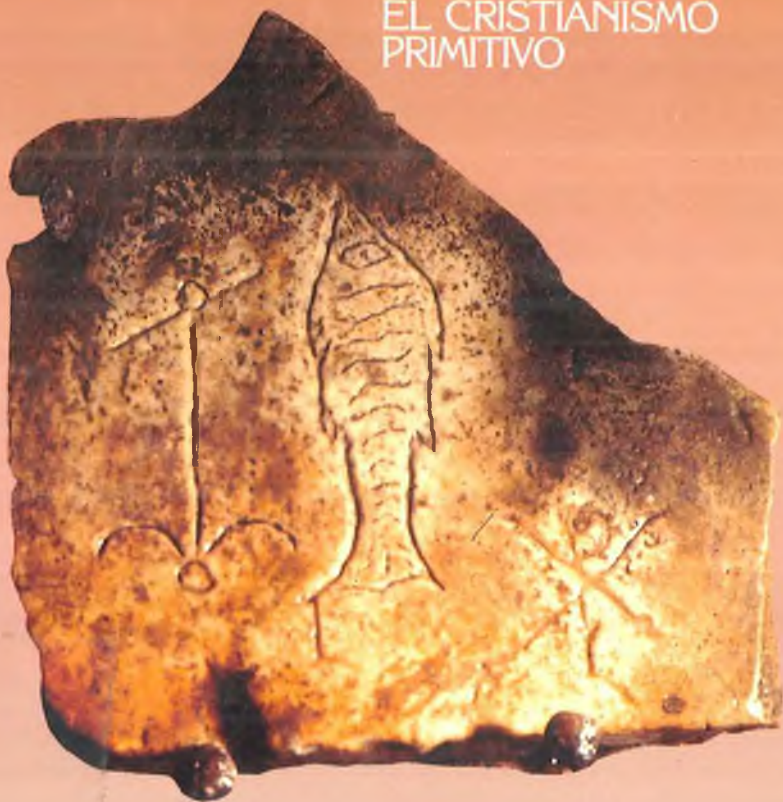


AKAL
HISTORIA
DEL MUNDO
ANTIGVO

57

ROMA

EL CRISTIANISMO
PRIMITIVO



AKAL HISTORIA DEL MUNDO ANTIGVO

ORIENTE

1. A. Caballos-J. M. Serrano, *Sumer y Akkad.*
2. J. Urruela, *Egipto: Epoca Tinita e Imperio Antiguo.*
3. C. G. Wagner, *Babilonia.*
4. J. Urruela, *Egipto durante el Imperio Medio.*
5. P. Sáez, *Los hititas.*
6. F. Presedo, *Egipto durante el Imperio Nuevo.*
7. J. Alvar, *Los Pueblos del Mar y otros movimientos de pueblos a fines del II milenio.*
8. C. G. Wagner, *Asiria y su imperio.*
9. C. G. Wagner, *Los fenicios.*
10. J. M. Blázquez, *Los hebreos.*
11. F. Presedo, *Egipto: Tercer Período Intermedio y Epoca Saita.*
12. F. Presedo, J. M. Serrano, *La religión egipcia.*
13. J. Alvar, *Los persas.*

GRECIA

14. J. C. Bermejo, *El mundo del Egeo en el II milenio.*
15. A. Lozano, *La Edad Oscura.*
16. J. C. Bermejo, *El mito griego y sus interpretaciones.*
17. A. Lozano, *La colonización griega.*
18. J. J. Sayas, *Las ciudades de Jonia y el Peloponeso en el período arcaico.*
19. R. López Melero, *El estado espartano hasta la época clásica.*
20. R. López Melero, *La formación de la democracia ateniense, I. El estado aristocrático.*
21. R. López Melero, *La formación de la democracia ateniense, II. De Solón a Clistenes.*
22. D. Plácido, *Cultura y religión en la Grecia arcaica.*
23. M. Picazo, *Griegos y persas en el Egeo.*
24. D. Plácido, *La Penteconteia.*

Esta historia, obra de un equipo de cuarenta profesores de varias universidades españolas, pretende ofrecer el último estado de las investigaciones y, a la vez, ser accesible a lectores de diversos niveles culturales. Una cuidada selección de textos de autores antiguos, mapas, ilustraciones, cuadros cronológicos y orientaciones bibliográficas hacen que cada libro se presente con un doble valor, de modo que puede funcionar como un capítulo del conjunto más amplio en el que está inserto o bien como una monografía. Cada texto ha sido redactado por el especialista del tema, lo que asegura la calidad científica del proyecto.

25. J. Fernández Nieto, *La guerra del Peloponeso.*
26. J. Fernández Nieto, *Grecia en la primera mitad del s. IV.*
27. D. Plácido, *La civilización griega en la época clásica.*
28. J. Fernández Nieto, V. Alonso, *Las condiciones de las polis en el s. IV y su reflejo en los pensadores griegos.*
29. J. Fernández Nieto, *El mundo griego y Filipo de Macedonia.*
30. M. A. Rabanal, *Alejandro Magno y sus sucesores.*
31. A. Lozano, *Las monarquías helenísticas. I: El Egipto de los Lágidas.*
32. A. Lozano, *Las monarquías helenísticas. II: Los Seleúcidas.*
33. A. Lozano, *Asia Menor helenística.*
34. M. A. Rabanal, *Las monarquías helenísticas. III: Grecia y Macedonia.*
35. A. Piñero, *La civilización helenística.*
44. C. González Román, *La República Tardía: cesarianos y pompeyanos.*
45. J. M. Roldán, *Instituciones políticas de la República romana.*
46. S. Montero, *La religión romana antigua.*
47. J. Mangas, *Augusto.*
48. J. Mangas, F. J. Lomas, *Los Julio-Claudios y la crisis del 68.*
49. F. J. Lomas, *Los Flavios.*
50. G. Chic, *La dinastía de los Antoninos.*
51. U. Espinosa, *Los Severos.*
52. J. Fernández Ubiña, *El Imperio Romano bajo la anarquía militar.*
53. J. Muñiz Coello, *Las finanzas públicas del estado romano durante el Alto Imperio.*
54. J. M. Blázquez, *Agricultura y minería romanas durante el Alto Imperio.*
55. J. M. Blázquez, *Artesanado y comercio durante el Alto Imperio.*
56. J. Mangas-R. Cid, *El paganismo durante el Alto Imperio.*
57. J. M. Santero, F. Gascó, *El cristianismo primitivo.*
58. G. Bravo, *Diocleciano y las reformas administrativas del Imperio.*
59. F. Bajo, *Constantino y sus sucesores. La conversión del Imperio.*
60. R. Sanz, *El paganismo tardío y Juliano el Apóstata.*
61. R. Teja, *La época de los Valentinianos y de Teodosio.*
62. D. Pérez Sánchez, *Evolución del Imperio Romano de Oriente hasta Justiniano.*
63. G. Bravo, *El colonato bajoimperial.*
64. G. Bravo, *Revoluciones internas y penetraciones bárbaras en el Imperio.*
65. A. Jiménez de Garnica, *La desintegración del Imperio Romano de Occidente.*

ROMA

36. J. Martínez-Pinna, *El pueblo etrusco.*
37. J. Martínez-Pinna, *La Roma primitiva.*
38. S. Montero, J. Martínez-Pinna, *El dualismo patricio-plebeyo.*
39. S. Montero, J. Martínez-Pinna, *La conquista de Italia y la igualdad de los órdenes.*
40. G. Fatás, *El período de las primeras guerras púnicas.*
41. F. Marco, *La expansión de Roma por el Mediterráneo. De fines de la segunda guerra Púnica a los Gracos.*
42. J. F. Rodríguez Neila, *Los Gracos y el comienzo de las guerras civiles.*
43. M. L. Sánchez León, *Revoluciones de esclavos en la crisis de la República.*

AKAL
HISTORIA
DEL MUNDO
ANTIGVO

ROMA

Director de la obra:

Julio Mangas Manjarrés

(Catedrático de Historia Antigua
de la Universidad Complutense
de Madrid)

Diseño y maqueta:

Pedro Arjona

©**Ediciones Akal, S.A.**, 1990

Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España

Tels. 656 56 11 - 656 49 11

Fax: 656 49 95

Depósito Legal: 16915 - 1990

ISBN: 84-7600 274-2 (Obra completa)

ISBN: 84-7600 491-5 (Tomo LVII)

Impreso en GREFOL, S.A. •

Pol. II - La Fuensanta

Móstoles (Madrid)

Printed in Spain

EL CRISTIANISMO PRIMITIVO

J. M. Santero

F. Gascó



Índice

Introducción. Metodología y fuentes	7
I. El cristianismo en los medios judíos y el viaje de Pablo	10
1. El Imperio romano, Palestina y los judíos	10
2. El judaísmo y sus sectas	14
3. Jesús, fundador de una nueva secta judía	18
4. Las comunidades primitivas	22
5. Pablo y la expansión cristiana	26
6. Pablo de Tarso	27
II. El cristianismo después de Pablo	29
1. El cristianismo y el Imperio romano	29
a) Nerón	29
b) Los Flavios	29
c) Los Antoninos	30
d) Los Severos	33
e) Decio y la segunda mitad del siglo III	34
f) Diocleciano	35
2. Los fundamentos de las actitudes anticristianas	35
a) Introducción	35
b) Problemas teóricos	36
c) Problemas sociales	37
3. El triunfo del cristianismo	41
III. Instituciones y controversias cristianas	44
1. Las instituciones cristianas	44
a) La organización de las primeras comunidades cristianas	44
b) El obispado monárquico	45

c) Organización supralocal de las iglesias	46
d) El primado de Roma	46
e) La evolución durante el siglo III	47
2. Cristianismo y cultura clásica	48
a) Adaptación y reacción	48
b) La opción integradora	50
c) Los cristianos radicales	51
3. Controversias y escisiones en el cristianismo	51
a) Introducción	51
b) Las llamadas grandes herejías de los siglos II y III	52
Cronología	54
Bibliografía	55

Introducción. Metodología y fuentes

Si cualquier aspecto de la Antigüedad suele tener graves problemas de documentación, que hacen complejo el método de su reconstrucción histórica, estas dificultades se agravan aún más en el caso de un tema como el del origen y primeros desarrollos del cristianismo sobre el que pesan, además, otros problemas objetivos, como la abundante literatura apologética, deformadora de los hechos históricos, y subjetivos, como es todo el bagaje de tradicionales prejuicios e ideas preconcebidas, o la cantidad de datos provenientes sólo de un sentimiento subjetivo de fe, y no de una demostración histórica. Precisamente estos prejuicios y datos no constatables han sido los dominantes en la historiografía tradicional del cristianismo primitivo, por lo que es muy difícil eludirlos, aun para el historiador más deseoso de objetividad.

Suele decirse con frecuencia que hay muchas y muy diferentes formas de narrar el origen y desarrollo del cristianismo primitivo, dependiendo de las distintas escuelas de historiadores de la Iglesia o de los distintos métodos de crítica neotestamentaria o del distinto valor histórico que se de a la literatura cristiana más antigua. Sin embargo, para un historiador de la Antigüedad, el método de recons-

trucción histórica del cristianismo primitivo no debe ser distinto al que utiliza para cualquier otro hecho o fenómeno histórico del Imperio Romano. En primer lugar, el cristianismo primitivo no es algo que pueda ser aislado en un tubo de ensayo y estudiado en un laboratorio de forma independiente a otros hechos históricos coetáneos. En segundo lugar, el cristianismo de los primeros momentos no es, por supuesto, el fenómeno fundamental en la historia de los comienzos del Imperio Romano, sino por el contrario, un fenómeno en principio marginal, muy localizado y poco importante, aunque posteriormente la expansión y desarrollo de su doctrina y la proliferación de sus adeptos terminará influyendo decisivamente en el rumbo histórico del Imperio Romano.

Metodológicamente, por tanto, es preciso partir del marco histórico del Imperio Romano y analizar el cristianismo desde la óptica del historiador de Roma como un fenómeno inicialmente muy localizado y que no afectó prácticamente nada a la marcha de los acontecimientos del Imperio hasta bien entrado el siglo II. En correspondencia a esta idea, resulta bastante lógico que las fuentes de información habituales del historiador del

Imperio Romano de los dos primeros siglos apenas documenten más que de forma muy marginal el personaje histórico de Jesús y los primeros pasos del movimiento religioso surgido a partir de él y su doctrina.

Las escasas noticias de escritores no cristianos son marginales y bastante imprecisas. Suetonio se refiere al personaje de *Chrestus* (Cristo) como instigador de disturbios protagonizados por judíos (*Claudio*, 5, 25), y a los cristianos como gentes dedicadas a perversas supersticiones (*Nerón*, 16, 2). Tácito habla de Cristo como un cabecilla judío ejecutado bajo Tiberio por el procurador Poncio Pilato y tiene la misma idea que Suetonio sobre los cristianos (*Anales*, 15, 44). Noticias parecidas y más o menos precisas, pero siempre marginales, sobre Cristo y los cristianos se encuentran también en Plinio el Joven, Apuleyo, Luciano, Aelio Aristides, Marco Aurelio, Frontón o Galeno entre otros; algo más abundantes son las noticias (contenidas en Orígenes) provenientes de Celso, que fue el primero en atacar al cristianismo de forma sistemática. De esas escasas noticias se deduce que entre los romanos de los dos primeros siglos de nuestra era la idea de Cristo y de los cristianos era bastante imprecisa. Se consideran a veces como una simple secta judía con actividades extremistas; en otras ocasiones se les considera como seguidores de una perversa superstición oriental; a veces como conspiradores, o miembros de asociaciones clandestinas; también como adoradores de una nueva religión misteriosa, o como miembros de una nueva escuela filosófica (S. Benko).

Así pues, para los dos primeros siglos de la era, aparte de estas noticias marginales, apenas si contamos más que con los escritos neotestamentarios y la más antigua literatura cristiana, con todos sus problemas. No es procedente entrar aquí en detalles de crítica neotestamentaria, pero convie-

ne tener en cuenta que en la redacción que conocemos de los *Evangelios*, el que se considera más antiguo es el llamado de Marcos, que quizá se fecha algo antes del año 70. Los otros dos sinópticos, el de Mateo y el de Lucas, dependen del anterior, que les sirvió de fuente, y han de fecharse entre los años 70 y 90. El cuarto evangelio, llamado de Juan, es aún posterior, hacia el año 100; tiene, sin embargo, más rasgos originales y gran influencia helenística. Son todos, por tanto, documentos no coetáneos de los hechos que narran y surgidos de una tradición transmitida oralmente en círculos enfervorizados, donde se ha ido idealizando al fundador y su vida, adobándose la descripción con progresivos elementos legendarios, por lo que no son extrañas las contradicciones, según el distinto origen de la redacción.

Pero, además, es que los *Evangelios* no son documentos historiográficos ni pretenden serlo; son escritos de carácter religioso, moralizante y didáctico, mediante los que se hace una apología de Cristo, su vida y sus hechos, y se compendia su doctrina para que sirva de mensaje y de imitación, con total despreocupación de las circunstancias históricas en que ha de situarse este movimiento religioso. Lo cual no quiere decir que el historiador haya de prescindir absolutamente de ellos, pues al menos sirven para conocer la mentalidad de los primeros cristianos, en cuyo ambiente se redactaron, pero lo cierto es que su contenido en datos históricos fiables es muy escaso.

Además de los cuatro evangelios, contamos con el conjunto de escritos conservados bajo el título de *Hechos de los Apóstoles*, que sin duda proceden del mismo autor que el denominado evangelio de Lucas, y debieron redactarse en torno al año 90. Estos escritos tienen cierta fiabilidad, pues parecen haber utilizado fuentes coetáneas a los hechos que narran. Sin

embargo, sus noticias tienen sólo un relativo interés desde el punto de vista histórico y presentan una imagen demasiado idealizada de las primitivas comunidades cristianas. Lo mismo puede decirse de las cartas de San Pablo, con el agravante de que unas son auténticas, considerándose en algún caso como los más antiguos escritos del cristianismo, en torno al año 50 o unos años después, mientras que otras no corresponden a San Pablo y se redactaron más tarde, por lo que su información es bastante menos importante, como ocurre también con otras cartas atribuidas a Santiago, Pedro, Juan, etc. Pero, además del problema de la historicidad y cronología de estos documentos en sí mismos, está la dificultad de aprovechar su contenido argumental como testimonio válido, pues apenas tienen gran interés desde el punto de vista del historiador de la antigüedad, aunque sean valiosos para conocer la formación de la doctrina y la evolución y controversias del pensamiento cristiano primitivo.

De los mismos defectos adolecen otros escritos antiguos del cristianismo inicial, como la carta de Clemente de Roma a los corintios, o el escrito llamado *Pastor de Hermas* y otros atribuidos a los Padres Apostólicos en los siglos I o II. Varios escritos de esta primera época surgieron en importantes ciudades orientales, como Alejandría, Antioquía (donde el obispo Ignacio escribió siete epístolas) u otras ciudades sirias y fenicias, de donde procede el famoso escrito denominado *Didakhé* (Enseñanzas de los Apóstoles), redactado a comienzos del siglo II, etc. Algunos escritos cristianos ya en el siglo II comienzan a tener verdadera entidad literaria y de contenido, como la obra de Ireneo, de Justino Mártir o de Taciano. Por otro lado, desde el siglo I hemos de contar con escritores de ambiente y tema judíos, como es el caso de Filón y Flavio Josefo, que aportan datos de

gran interés sobre el ambiente en que se movieron las primeras comunidades cristianas. Pero el gran momento de producción literaria del cristianismo preconstantiniano se produce con las grandes composiciones doctrinales y apologéticas de finales del siglo II y ya del siglo III: la *Epístola a Diogneto*, el *Octavio* de Minucio Felix, la obra de Clemente de Alejandría y los grandes escritores como Tertuliano, Orígenes o Cipriano principalmente, que, a pesar de carecer de intencionalidad histórica, proporcionan muchos datos del cristianismo primitivo. Para contar con una obra cristiana de carácter histórico propiamente dicho, hay que esperar a la paz de la Iglesia en el siglo IV con obras como las de Eusebio o Lactancio. Mientras tanto, los historiadores no cristianos siguen contemplando de forma muy marginal, o casi ignorando, al cristianismo en sus obras, como es el caso de Casio Dion o de los escritores de la *Historia Augusta*.

Este panorama informativo para el cristianismo de los tres primeros siglos es bastante precario desde la óptica del historiador de la antigüedad, pero ello mismo quizá hace más urgente el intento de su reconstrucción histórica. Por otro lado, no es menos cierto que aún se pueden añadir otros documentos que ayudan a la información, como por ejemplo: los papiros de la comunidad esenia de Qumran, la escasa epigrafía cristiana preconstantiniana, los restos arqueológicos —por desgracia no muy abundantes—, algunos elementos residuales en los ritos, fórmulas y organización cristiana posteriores, etc.

Con todo ello es posible hoy diseñar el cuadro fundamental del cristianismo primitivo, partiendo del principio básico de que se trata de un fenómeno desarrollado en el marco del Imperio Romano y, como tal, en absoluto ajeno a todas sus características: políticas, económicas, sociales, religiosas y culturales.

I. El cristianismo en los medios judíos y el viaje de Pablo

1. El Imperio romano, Palestina y los judíos

La Roma que llegó a dominar el mundo civilizado, hasta en los más recónditos lugares, se sustentaba en un sistema organizativo presidido por una constitución republicana mixta que había encontrado un cierto equilibrio entre un grupo de familias ricas y políticamente dominantes, y una gran masa de gentes que se consideraban protegidas por el sistema; con un desarrollo económico basado en el trabajo esclavo y en la continua expansión territorial, una minuciosa estructura administrativa y militar y un ambiente religioso y cultural tomado en buena parte del mundo greco-helenístico, que servía de catalizador y estabilizador del sistema.

Todavía en los finales del período republicano, el Estado romano, que aún seguía el esquema de Estado-ciudad, se describía como *senatus populusque romanus*, y Roma se regía por la *potestas* y el *imperium* de sus magistrados, la *auctoritas* de sus senadores, el poder tribunicio de los representantes de la plebe y la fuerza de las decisiones comiciales o de los plebiscitos. Los enfrentamientos entre líderes políticos a finales de la República no fueron sino consecuencia de la dificultad de armonizar este simple

esquema de «polis» con unos dominios territoriales inmensos y una complejidad cada vez mayor de la maquinaria estatal. El cambio a un sistema de Principado y de Imperio, con una especie de supermagsitratura (el César-Emperador), una mayor centralización y una más compleja maquinaria administrativa, militar y financiera, fueron los pasos obligados para lograr un mejor control de sus grandes posesiones y potenciar aún más su garantía de futuro mediante una paz duradera, sin romper en lo esencial los principios republicanos tradicionales.

Con este esquema, que se consolidó en los comienzos de la era con la figura de Augusto, había que mantener, regir, gobernar, administrar y explotar unos territorios no solamente inmensos, sino también enormemente heterogéneos, sometidos a su control progresivamente en no más de tres siglos. Tras haber unificado Italia bajo su mando, una serie de encarnizadas guerras contra Cartago había convertido a los romanos en dueños del Mediterráneo Occidental a lo largo del siglo III a. C. A su vez, la expansión hacia Oriente les había permitido apoderarse de casi todo el Imperio que había construido Alejandro Magno. En no mucho tiempo toda Italia, Sicilia, Córcega, el Norte

de Africa, Cerdeña, Hispania, Grecia, Asia Menor, Siria, el Próximo Oriente y Egipto estuvieron en sus manos.

El Imperio Romano significaba, por tanto, la coexistencia de gran cantidad de pueblos con muy diversas culturas bajo la única etiqueta de la «paz romana». En otras palabras, el Imperio tenía dos aspectos contrapuestos: de un lado la unidad y de otro la diversidad (H. Mattingly). La unidad era la del sometimiento a una misma autoridad, la obediencia a unas mismas leyes y el pago de impuestos a un mismo estado imperial. Pero la diversidad era de muy variados tipos. De un lado había pueblos muy habituados a estar sometidos por otras potencias, pero, de otro, pueblos de muy arraigado y enconado nacionalismo. Frente a gentes cultas y refinadas, de tradiciones ancestrales y habituadas a civilizados sistemas organizativos, otros pueblos de vida tribal apenas conocían el hecho urbano como elemento nuclear de sus relaciones sociales. Por lo general, las culturas de raíces más profundas y antiguas eran más reacias a la sumisión. Las grandes metrópolis helenísticas sabían contemporizar mejor encontrando el equilibrio entre la pérdida de libertad política y el orgullo de transmitir sus grandes logros en materia de arte, literatura o de pensamiento ante el asombro romano.

Desde el punto de vista del funcionamiento, la maquinaria del Imperio Romano constituía básicamente una gigantesca confederación de ciudades. Aun siendo Roma en el aspecto socioeconómico y cultural un pueblo de campesinos (o campesinos-soldados), toda la vida política y administrativa gravitaba en torno a la ciudad; las ciudades en toda la extensión del Imperio fueron las células básicas de control, estructura administrativa, social, política y hasta religiosa del Imperio Romano. El resto era el mundo de los *pagani*, que al me-

nos durante el Alto Imperio apenas contó en las grandes transformaciones, como también tardaría en ser permeable al cristianismo, que se transmitió de ciudad en ciudad.

Este enorme y variopinto conjunto de ciudades con sus territorios correspondientes estaba articulado con bastante lógica y sentido práctico mediante una serie de divisiones administrativas: provincias de diversa categoría, protectorados, reinos protegidos o territorios aliados; divisiones establecidas de acuerdo con diversos criterios complementarios, geográficos, históricos, militares, económicos o políticos principalmente. La jerarquía y el mecanismo de gobierno y control de cada una de las provincias o territorios bajo dominio o protección difería también por calculadas razones. Procónsules, propretors de diverso rango, procuradores de distinta categoría o legados imperiales, ayudados por una corte de cargos auxiliares, respaldados por las unidades militares acantonadas en los correspondientes territorios, apoyados en casi todos los sitios por las élites locales y, en algunos lugares, conviviendo con dinastías de reyes o príncipes, mantenían un férreo control de las zonas sometidas a su gobierno y administración.

El territorio de Palestina no era más que una mínima porción de dominio romano dentro del vasto Imperio Oriental. El pueblo judío se había ido configurando con el continuo asentamiento en este territorio desde los antiguos tiempos de los grandes imperios orientales, mediante la progresiva unión de tribus de origen nómada, aglutinadas por una misma religión monoteísta que condicionaba todas sus realizaciones históricas. Tras haber formado un pequeño reino en torno a la ciudad santa de Jerusalem y haber pasado por crisis internas que le llevaron a la escisión y por ataques externos que terminaron con la destrucción del gran templo de Jeru-



Figura considerada de un apóstol
(mediados del siglo III).
Hipogeo de los Aurelios, Roma.

saalem y la llamada «cautividad de Babilonia», que les obligó a dispersarse geográficamente, con el cambio en el panorama político oriental tras la victoria del persa Ciro sobre Nabonido en 539, una buena parte de los judíos pudieron retornar del exilio, reconstruir el templo y fundar de nuevo un pequeño reino religioso con cierta influencia en la zona, aunque bajo el control persa. Cuando el poderío persa quedó desarticulado por las conquistas de Alejandro Magno, los judíos pasaron a defenderse de los reyes seleucidas, herederos helenísticos de Alejandro de Siria, que intentaron en todo momento controlar al pueblo judío mediante su helenización. Sin embargo, su espíritu de independencia y la bien organizada resistencia, liderada por los Macabeos, permitió de nuevo a los judíos de Palestina crear un nuevo estado independiente, aunque teóricamente sometido a los reyes de Antioquía. Los

nuevos reyes, y a la vez grandes sacerdotes, se mantuvieron prácticamente un siglo rigiendo el estado judío de Palestina bajo el nombre de dinastía hasmonea. Pero el nuevo conquistador, Roma, ya hacía tiempo que venía logrando importantes avances, primero en Asia Menor y luego en Siria, aprovechando las disputas entre los príncipes seleucidas; y, así, en la época de Pompeyo, Siria terminó convirtiéndose en provincia romana, incluyendo a Palestina en los territorios bajo su control como estado vasallo. En los comienzos de la era el reino estaba en manos de Herodes el Grande, un edomita, que mantenía relaciones de amistad con Roma, mientras otros príncipes menores regían pequeños principados próximos, como Lisania de Abilene. Tras la muerte de Herodes, el territorio de Palestina se integró de forma más directa en el dominio romano, y en el año 6 d. C. se convirtió en provincia romana con el nombre de Judea, encargándose su gobierno a un procurador romano. Años más tarde las regiones de Galilea y Samaria pasarían a integrarse en el mismo régimen al morir Herodes Agripa, nieto de Herodes el Grande. Pero este pequeño distrito provincial de rango procuratorio dependía más directamente para su control y supervisión del gobernador de la gran provincia de Siria, al norte, con importantes efectivos militares, que en caso de necesidad podían intervenir en Judea. De esta manera el Estado judío de Palestina había dejado de tener independencia política, y en este contexto externo de integración en el dominio romano es donde hay que enmarcar el origen y primeros pasos del movimiento religioso, pero también con connotaciones políticas, que denominamos cristianismo.

Sin embargo, para entender ese origen hay que acudir también a factores internos del pueblo judío. La historia muestra, con bien demostrada reiteración, que a diferencia de otros



**Foto aérea del Mar Muerto y de sus
acantilados rocosos donde hubo cuevas.
En esa zona se hallaron los famosos
manuscritos de Qumrán.**

muchos pueblos, el pueblo judío desde siempre fue depositario de un arraigado nacionalismo de fuerte base religiosa, y de un tenaz espíritu de independencia, quizá porque a lo largo de su historia se vio siempre hostigado y sometido por diferentes potencias extranjeras. En el caso del dominio de Roma no habría de ser distinto, sino que en todo caso se hubieron de agudizar aún más dificultades de liberación. El sentimiento de un mesianismo religioso salvador y liberador del pueblo, que siempre había existido, ahora volvió a despertar con renovada fuerza, de manera que no hacía falta más que la pequeña chispa de la aparición de un líder carismático adornado con características mesiánicas para que aglutinara fácilmente todos los sentimientos de liberación nacional. Sin embargo, tampoco todo el pueblo judío estaba unido en estos objetivos: hubo sectas judías colaboracionistas con el invasor romano, como la de los saduceos; otras, más preocupadas por el rigorismo de la ley, se mantuvieron al margen de la resistencia contra Roma, como la de los fariseos; pero otras sectas, como la de los zelotas, tomaron parte activa en una verdadera resistencia armada contra el dominio romano con el objetivo de lograr una verdadera liberación nacional. Esta tendencia a la insurrección mediante la acción violenta y de extremismo virulento tuvo mayor arraigo entre el pueblo bajo judío, que necesitaba creer más en un mesías salvador, y, por ello, no tiene nada de extraño que muchos de los seguidores de Jesús procedieran de este movimiento, y que alguno de sus discípulos directos fuera zelota.

2. El judaísmo y sus sectas

En los comienzos de la era, el judaísmo, concepto en el que se incluían no solamente unas determina-

das ideas y prácticas religiosas, sino también una concreta realidad étnica y nacional, una peculiar y exclusivista forma de ser y pensar y un específico modo de vida, e incluso de actividad económica y política, era algo relativamente familiar, o por lo menos no desconocido, para los romanos. Pero, a su vez, el judaísmo tampoco era una realidad monolítica o unitaria desde ningún punto de vista. Geográficamente, aunque los territorios de Palestina se consideraran la tierra patria por excelencia, gran cantidad de ciudades helenísticas tenían comunidades judías que mantenían sus tradiciones y prácticas religiosas, y judíos de la «diáspora», más o menos helenizados, se reunían por todas partes siempre en torno a los textos del *Antiguo Testamento*, pero en muchos casos de forma muy independiente, constituyendo sus propias sectas, a pesar de la tendencia a mantener siempre una identidad étnica y religiosa. En Alejandría se leía y comentaba la *Biblia* en griego, y un judío practicante como Filón se preciaba de conocer bien y admirar la literatura y el pensamiento de los griegos, y no tuvo ningún prejuicio en tratar de relacionar las verdades del *Antiguo Testamento* con las ideas filosóficas que habían circulado en las grandes escuelas helenísticas. Ello no impedía que el Templo de Jerusalem se siguiera considerando siempre como el centro sagrado por excelencia del judaísmo, y las distintas sinagogas locales de la «diáspora», pese a sus posibles diferencias, mantenían siempre una ósmosis espiritual y moral con ese centro religioso.

En el propio territorio de Palestina tampoco había unidad, y aunque nunca se cuestionaron los pilares fundamentales del judaísmo ni el reconocimiento del Templo de Jerusalem como gran centro sagrado que aglutinaba a todos los circuncisos por diferentes que pudieran parecer, diferentes sectas con sus peculiares características



Plano de los edificios de Qumrán.

coexistían e incluso rivalizaban sin que ninguna de ellas se impusiera definitivamente sobre las demás.

Siguiendo la descripción de un historiador judío, Flavio Josefo, al menos hubo cuatro de estas sectas que destacaron en su época: saduceos, fariseos, zelotas y esenios. Los saduceos constituían una casta sacerdotal aris-

tocrática y oficialista que cooperaba con la autoridad romana en el mantenimiento del orden, una de sus grandes preocupaciones. Poco interesados por la renovación de la doctrina, en materia religiosa se mostraron enormemente conservadores, lo que tenía su reflejo también en su actitud política. Por estas y otras razones se ma-



La curación de la hemorroida
(fines del siglo III). Cementerio de los
Santos Pedro y Marcelino, Roma.

nifestaron siempre celosos rivales de otra secta también oficialista, la de los fariseos (literalmente «los separados»), cuyos antecesores parecen haber sido los «hasidim» de la época de los Macabeos por lo que en ellos había ciertas connotaciones nacionalistas. De hecho, aunque no cuestionaron abiertamente el dominio romano, no fueron colaboracionistas como los saduceos, y sin duda sus deseos eran de liberación, aunque se preocuparon más por el formalismo religioso en lo que se refiere a la Ley y a las Escrituras, al cumplimiento de una casuística compendiada en el *Torah*, que constituía el elemento esencial de su enseñanza, y también a una vida contemplativa. Pero, a pesar de su rígido conservadurismo formal en la observación de la Ley y de su radical contraposición entre judíos y no judíos, parecen haber sido más liberales y abiertos a otras influencias en materia de doctrina, lo que pudo ser un factor de desarrollo que les permitió ser cada vez más influyentes. De hecho terminaron imponiéndose sobre

las demás sectas, a partir, sobre todo, del año 70.

La secta de los zelotas tenía en lo esencial las mismas características doctrinales y de conservadurismo formal en la observancia de la Ley que los fariseos (Flavio Josefo). Sin embargo, diferían de estos últimos por su radical y virulento nacionalismo, que les llevó a oponer una resistencia armada clandestina contra el poder romano. Ya el fundador de esta secta, llamado Judas Galileo, promovió una insurrección armada en el año 6 d. D., cuando los romanos hicieron de Judea una provincia más de su Imperio. La rebelión fue reprimida por fuerzas romanas, pero no por ello la secta se disolvió. Desde ese momento y en sucesivos años los zelotas fueron los promotores de abundantes incidentes, y sin duda jugaron un papel destacado en las grandes rebeliones del año 66 y del año 70. Las características más destacadas de esta secta son: fanatismo religioso-patriótico, xenofobia, mesianismo, clandestinidad y práctica de la violencia (los que más se distinguen por ello reciben el nombre de sicarios). Dadas estas características, no tiene nada de extraño que entre los seguidores de esta secta abundaran gentes en situación económica muy precaria, y que a los objetivos nacionalistas se unieran también razones de injusticia económica y social. Ello aumentó aún más su carácter revolucionario y la convirtió en una secta popular que buscaba la liberación patria y la justicia para el pueblo judío mediante la insurrección a las órdenes de un mesías, de un salvador. Lógicamente en este tipo de aspiraciones es donde los dominadores romanos veían un mayor peligro, y, por ello, siempre estuvieron dispuestos a cortar en Judea cualquier brote de mesianismo por puro religioso y pacífico que pareciera.

La peculiar secta de los esenios nos era escasamente conocida por las referencias de escritores judíos como



Sermón de la Montaña
(Mediados del siglo III).
Panteón de los Aurelios, Roma.

Filón y Flavio Josefo. Sin embargo, el descubrimiento hace ya algunas décadas de una serie de manuscritos procedentes de las ruinas de un monasterio de esta secta en Qumran, en el desierto próximo a la orilla del Mar Muerto, nos ha permitido conocer con bastante precisión no sólo las características y organización de esta secta, sino también el asombroso paralelismo entre buena parte de su doctrina, organización, jeraquía, ritos, etc., con lo que sabemos de los primitivos cristianos. La comunidad esenia de Qumran llevaba una vida prácticamente monástica, alejada de Jerusalén, de sus sacerdotes y de la vida religiosa oficial, sometida a una estricta regla de convivencia comunitaria y prácticas rituales, expresas en el llamado *Manual de Disciplina*. Se dedicaban a la oración, y al estudio y enseñanza un tanto esotérica de las Escrituras. Si parece que en lo esencial la observancia de la Ley era escrupulosa, así como sus prácticas y ritos judíos tradicionales, su relación con el sacerdocio de Jerusalén, que es considerado indigno, parece que fué bastante fría e incluso hostil. Por otro lado, sus ideas apocalípticas, mesiánicas y también nacionalistas, pese a su ascetismo, parecen haberles acercado a las actitudes zelotas y a participar en la insurrección del 66. Lo cierto es que su monasterio fue destruido durante la represión de esta rebelión.

Estas no eran, sin embargo, más que algunas de las sectas judías mejor conocidas en el territorio de Palestina, dominado por Roma en la época de los comienzos de nuestra era, lo que puede dar una idea aproximada del ambiente político y religioso en que surgió el líder judío carismático que las noticias de la época coinciden en denominar Jesús, el Cristo o Mesías (salvador), fundador de una nueva secta judía, que por su futura expansión llegaría a adquirir una extraordinaria importancia.

3. Jesús, fundador de una nueva secta judía

A pesar de las polémicas teorías, ya anticuadas, sobre la negación total de la historicidad del personaje de Jesús, según las cuales su existencia sería una invención mítica surgida en ambientes judíos por razones religiosas, relacionadas con mitos solares, o de muerte y resurrección, paralelos al del mesopotámico Gilgamesh, o a otros mitos orientales como el de Osiris o Atis, hoy parece que ningún historiador pone seriamente en duda la existencia en torno a la época del cambio de era de un líder carismático llamado Jesús, fundador de una secta en Palestina, que terminó muriendo ajusticiado en época del emperador Tiberio, como dice el propio Tácito. Pero, aunque parece incuestionable la historicidad del personaje, lo cierto es que las noticias históricamente fiables sobre el mismo son en realidad escasas, irrelevantes, y a veces contradictorias, además de que son pocos los problemas de exactitud cronológica de su vida. Y ello no tiene nada de extraño, puesto que durante su vida lideró una pequeña secta en Galilea, entre otras muchas, que no llegó a merecer la atención de historiadores o escritores del momento, ni judíos ni romanos. Es seguro que al ir aumentando el número de seguidores se le empezara a dar algo más de importancia local, especialmente con su presencia ya en Jerusalén, lo que terminó llevándole a la muerte, en una época en que Roma quería cortar cualquier brote de mesianismos. Estos pudieron ser acontecimientos de una relativa resonancia a nivel local, pero prácticamente irrelevantes o desconocidos para un historiador de los grandes hechos del Imperio Romano, para cualquier escritor de la corte de Roma, e incluso para escritores judíos de Alejandría u otras grandes ciudades de Oriente del momento

de los que podamos tener noticias. Por consiguiente, el silencio de los escritores coetáneos no es argumento para negar su historicidad.

Otra cosa bien distinta es la fiabilidad que haya que dar a los escritos posteriores, ya cristianos, como los *Evangelios*, donde sí abundan, a veces con todo lujo de detalles, las noticias sobre la vida de Jesús. Parece que en ellos puede haber algunos ecos de la realidad histórica del personaje, pero se transmitieron oralmente en las primitivas comunidades cristianas. Pero lo difícil es tocar el fondo de esa realidad en un conjunto religioso-literario donde se compilan y mezclan, con más o menos acierto, según los casos, relatos, dichos, proverbios y sentencias a él atribuidos. De cualquier forma, y aunque la imagen histórica de Jesús esté deformada en los *Evangelios*, hay que contar con esos probables ecos de una realidad cierta, lo que unido a algunas breves noticias de escritores no cristianos de los primeros siglos y el conocimiento de una época y de una situación determinada en la Palestina del momento, nos permite, si no escribir una biografía histórica precisa del personaje, lo cual hoy es imposible, por lo menos hacernos una idea aproximada de lo que fue su vida y actividad.

Sin que ello sea de capital importancia para el historiador, lo cierto es que ni siquiera se pueden fijar con absoluta precisión los años en que vivió Jesús porque hasta en esto existen netras contradicciones en los *Evangelios*. Por razones lógicas, su nacimiento se habría de computar en el año 1, ya que éste es el hecho que se toma como referencia para el inicio de la era cristiana, que es la que utilizamos. Sin embargo, el cómputo debe ser erróneo ya que al parecer nació en el reino de Herodes el Grande, que hoy sabemos que murió en el año 4 antes de la era. Por otro lado, si su nacimiento se produjo durante un censo hecho en Palestina (*Evangelio de Lu-*

cas), éste no se realizó hasta el año 6-7 d. C., cuando Judea se convirtió en provincia romana, y del cual tenemos noticias por el historiador judío Flavio Josefo. De manera que nos movemos entre los años 4 a. C. y 7 d. C. para situar en el tiempo su nacimiento. Tampoco tiene mayor importancia precisar más: debió nacer a finales del reinado de Herodes, en un momento en que Judea estaba a punto o se acababa de convertir en provincia romana. Tampoco es muy preciso el momento de su muerte. Sabemos que se produjo durante el gobierno de Judea por el procurador romano Poncio Pilato y, por tanto, entre los años 26 y 36 d. C.; sabemos también que lo que se llama su vida pública (o lo que es lo mismo, la fundación y primeras actividades de su secta) se inició en el año 15 del reinado del emperador Tiberio (Lucas), o sea, el año 28-29 d. C., aunque después los textos evangélicos se contradicen sobre si desde este momento hasta su crucifixión mediaron tres años, o bien sólo uno. Parece, por tanto, que debió morir en torno al año 30 de la era, más o menos.

Desconocemos totalmente los pormenores de su vida hasta que aparece como predicador, profeta y fundador de una secta judía (incluso los propios *Evangelios*, a excepción de algunos detalles anecdóticos, ignoran casi todo lo anterior a su vida pública). Al parecer había nacido en una familia humilde y era originario de la aldea de Nazareth, en la región de Galilea, al norte del territorio de Palestina, zona bastante pobre y en la que se movió la mayor parte de su vida. A sus 28 ó 30 años comenzó a hacerse oír como profeta en Galilea, reuniendo en principio a un pequeño núcleo de seguidores que fueron aumentando hasta formar una secta de cierta implantación en la región. Papel importante en los comienzos de la actividad de Jesús y en la fundación de su secta debió jugar un profeta llama-



Representación de los tres hebreos en el horno
(mediados del siglo III). Cementerio
de Priscila, cámara de la velatio, Roma.

do Juan, que por la misma región, y en la zona próxima al río Jordán, había formado también una secta disidente del clero oficial judío, que predicaba una vida ascética y de purificación muy similar a la de los esenios (si no es que era realmente una secta de esenios —la comunidad esenia de Qumran estaba sólo a unos kilómetros al sur del Jordán—, como se cree), y, sobre todo, mantenía una idea mesiánica del salvador que habría de llegar, idea mantenida también por los zelotas y otras sectas. Lo principal es que el profeta Juan pudo señalar al nuevo profeta, Jesús, como el mesías esperado, lo que daría un gran impulso a su predicación y aumentaría sus seguidores con la mezcla de las ideas ascéticas esenias y nacionalistas de los zelotas. Ello no quiere decir que las sectas se unieran en un solo movimiento religioso-nacionalista, pues tras la muerte de Juan, por decreto de Herodes Anti-

pas, sus seguidores continuaron diferenciándose de la secta de seguidores de Jesús. Lo que sí parece cierto es que los seguidores de éste último fueron en progresivo aumento, y entre ellos sin duda habría antiguos seguidores de Juan, esenios, zelotas y miembros de otras sectas.

La fuerza de atracción de la nueva secta se debía, sin duda, aunque no sólo a ello, al propio poder carismático y al carácter mesiánico de un jefe, al momento que atravesaba Judea bajo el dominio romano, a las ansias de liberación del pueblo judío, a la mala situación socio-económica y, también, por supuesto, a la bien construida doctrina y mensaje a los pobres, oprimidos y necesitados de todo tipo, tan abundantes en la Judea de la época.

Lo más probable es que la atribución de poderes sobrenaturales, milagrosos, etc., a Jesús, sea producto de la literatura apologética posterior,

cuando las comunidades cristianas primitivas fueron desdibujando la realidad histórica con la introducción de todo el elemento legendario, pero dada la personalidad que se puede deducir de los ecos que dieron pábulo a esas leyendas, su indudable carisma, su carácter mesiánico, etc., y dada la necesidad que los judíos tenían de un líder extraordinario, no tiene nada de extraño, o es más que probable, que aun en vida se le atribuyeran ya a Jesús poderes taumátúrgicos, lo que le hacía, por un lado, más atrayente al pueblo, y por otro, más peligroso a los ojos del clero judío oficial y de la autoridad romana, principalmente. Su mensaje era en parte novedoso o, mejor decir, heterodoxo en relación con el formalismo tradicional y apegado a la Ley del cle-

ro oficial judío, por lo que suscitaba no poca desconfianza. Sin embargo, su predicación se inspiraba estrictamente en la Ley judía e iba dirigida a los judíos; de hecho a él se atribuye la frase: «no he venido a abolir la Ley o los profetas, sino a hacer que se cumpla» (Mt 5,17). Ciertamente para él tenía menos importancia la observancia estricta de los rituales tradicionales, que era lo esencial para otras sectas, como saduceos y fariseos. Pero la novedad respecto a la enseñanza rabínica tradicional no era el desviacionismo de la Ley judía, sino el predicar mediante parábolas un «nuevo reino» de confraternización para el pueblo judío, donde imperara la justicia. También era novedad que no se considerara a sí mismo como un profeta más, sino como el



Comunidades judías y comunidades cristianas del siglo I (según Carrez).

verdadero mesías (Cristo) anunciado en las *Escrituras*, que habría de conducir a su pueblo a ese reino de esperanza y de liberación, lo que le conferiría una autoridad extraordinaria que, lógicamente, era vista con recelo por la jerarquía sacerdotal oficial judía. Y, en tercer lugar, era también novedoso que su predicación se dirigiera principalmente a los menesterosos, pobres, necesitados, oprimidos e incluso pecadores y descontentos con la situación de sometimiento a Roma y de injusticia social y económica de Judea, quienes pronto vieron en él al líder que necesitaban.

A pesar de que se atribuye a Jesús la idea de que el reino por él predicado no era de este mundo, lo cierto es que la masa de sus seguidores iba impulsada por la idea de un mesianismo local con fuertes dosis de nacionalismo revolucionario y liberador: zelotas, sicarios y miembros de otras sectas de características parecidas se sumaron al movimiento al ver en Jesús la esperanza para lograr sus aspiraciones y objetivos. De hecho nunca hubo rasgos de universalismo en la predicación de su reino; se dirigió siempre muy concretamente a los judíos y a su situación, aunque tampoco en su movimiento, sin duda de carácter revolucionario, aparezca nunca el elemento de la violencia como algo necesario, como sí aparece claramente en los zelotas.

En estas circunstancias no tiene nada de extraño que, a diferencia de otras sectas que subsistieron sin problemas, cuando el movimiento iniciado en Galilea se extendió como la espuma y, sobre todo, cuando penetró en Jerusalem e incluso desafió la corrupción e indignidad existentes en el Templo sagrado (episodio de la expulsión violenta de los traficantes de objetos de culto por Jesús, narrado en los *Evangelios*), en los medios oficiales del clero judío pasó de la desconfianza al temor. Del mismo modo, la autoridad romana pudo temer una

revolución (como de hecho años después la habría) contra su dominio en Judea. Por estas razones Jesús fue acusado primero por el Sanedrín y, posteriormente, sentenciado a muerte como agitador político por el procurador romano de Judea, Poncio Pilato, como lo demuestra el hecho de que se utilizó para su ajusticiamiento un método romano, la crucifixión, y no uno judío, como hubiera sido la lapidación. A pesar de ello, los *Evangelios*, que son pro-romanos, eximen al procurador Pilato de culpa y acusan a los judíos en general de su muerte, lo que no resulta lógico.

Con la muerte del líder, muchos de sus seguidores vieron, sin duda, fracasado su movimiento y frustradas sus esperanzas de insurrección, y en su mayoría se dispersaron. No obstante, la secta, más reducida, no tardaría en recomponerse y en adquirir características propias sobre la base de las enseñanzas de su fundador.

4. Las comunidades primitivas

Desde el punto de vista histórico y desde la óptica del gobierno romano local y también del oficialismo judío, la muerte de Jesús tenía la virtualidad de desmoronar todo el movimiento formado en torno a él, y por tanto, de alejar por el momento cualquier peligro de rebelión o mesianismo peligroso en Palestina, puesto que no había en apariencia un personaje carismático que pudiera suceder al fundador de la secta, a pesar de que hubiera un reducido grupo de discípulos más directos. En principio estos discípulos no debieron ser considerados importantes o peligrosos, ya que ni siquiera fueron castigados ni inquietados por la autoridad romana ni por el clero oficial judío. Y de hecho el gran movimiento quedó desarticulado, lo que no impidió que en pequeños círculos las enseñanzas y el

carisma del fundador fueran recordados y sirvieran de base para recomponer la secta sin que en ello se viera ya ningún tipo de peligro. Desde esta óptica da la impresión de que la muerte del líder tuvo el carácter de castigo ejemplar por parte de la autoridad romana, para que sirviera de advertencia frente a cualquier aspiración de rebelión en Judea.

Las fuentes de información son escasas y poco claras en lo que se refiere a los años inmediatamente subsiguientes a la muerte del fundador. Las noticias sobre los acontecimientos extraordinarios, que tuvieron como centro la supuesta resurrección del líder, parecen indicar que al menos un reducido grupo de discípulos procuró mantenerse unido, alentado por las ideas del maestro, y avivado por el común sentimiento de la vuelta de Jesús del mundo de los muertos como símbolo de la necesaria continuidad de su doctrina. Estas creencias debieron ser adecuadamente utilizadas por el círculo de discípulos para aglutinar en torno a sí a nuevos adeptos entre los judíos de Palestina y de la diáspora. De esta manera, la comunidad primitiva fue en progresivo crecimiento y, sobre todo, en alguna de sus formas comenzó a expandirse fuera del territorio palestino.

Todos los indicios parecen apuntar a la formación de diversos núcleos de adeptos, que tuvieron diferente suerte, en esa comunidad primitiva. Se puede individualizar, en primer lugar, un grupo de judeocristianos en Galilea, dirigido por Jacobo, probablemente uno de los hermanos de Jesús, que basado en la relación de parentesco de su jefe con el fundador tomó fuerza y aglutinó a un importante número de seguidores. Este grupo, como otros que se formaron en el territorio palestino, no tuvo conciencia de escisión del judaísmo, a pesar de su espíritu de reforma, por lo que sus miembros seguían observando la Ley y las prescripciones religiosas ju-

días, practicando la circuncisión y considerando a Jesús como un profeta extraordinario dentro de los cánones judaicos. Parece que a la ortodoxia judía añadieron algunos elementos nuevos, como el régimen comunitario de bienes y la exaltación de la pobreza, por lo que el grupo se llamó de los *ebionitas* (pobres). Quizá fue considerado por la autoridad judía como una rama farisaica y el grupo no fue inquietado hasta el año 61 en que un sumo sacerdote mandó ajusticiar a su jefe, lo que lanzó a la diáspora a algunos grupos de adeptos ebionitas, que se atestiguan posteriormente formando comunidades con su propia literatura evangélica en griego y en arameo (el texto de las pseudoclementinas parece que se debe a alguno de estos grupos ebionitas).

También los discípulos más destacados del fundador, en especial Pedro y Jacobo y Juan (hijos del Zebedeo), en Jerusalem aglutinaron a su alrededor una serie de seguidores judeocristianos, que se mantuvieron fieles a la Ley y a los preceptos judaicos, pero considerando a Jesús el mesías (el enviado), que tras su gloriosa resurrección habría de retornar para hacer realidad su promesa de reino y de salvación. Parece que Herodes Agripa vio en este grupo un mayor peligro y decretó la muerte de Jacobo y Juan en el año 44, mientras que Pedro se vería obligado más tarde a huir de Jerusalem sin rumbo conocido (quizá a Pella), aunque la tradición le hace llegar con el tiempo a Roma. Al grupo que huyó con Pedro se debe probablemente la redacción de las partes fundamentales que componen los *Evangelios* de Mateo y de Marcos, aunque es difícil establecer una redacción definitiva de los mismos antes del año 70.

Otro grupo, del que queda constancia en los *Hechos de los Apóstoles*, es el llamado de los helenistas, que, encabezado por Esteban, estaba principalmente formado por judíos de la

diáspora que se habían establecido en Jerusalem. Por los datos que tenemos de su jefe, Esteban, este grupo se opuso abiertamente a la ortodoxia judía, corrompida, y consideró como idólatras las prácticas rituales del Templo de Jerusalem, por lo que veían en Jesús el enviado para restaurar la pureza espiritual del judaísmo. Lógicamente la casta sacerdotal judía oficial reaccionó rápidamente contra este grupo y tras una serie de tumultos provocados por el Sanedrín, Esteban fue públicamente lapidado. Sus seguidores fueron sistemáticamente perseguidos en Jerusalem, por lo que se vieron obligados a huir y dispersarse por Palestina y regiones griegas próximas. Este grupo de los helenistas es importante porque en él se vislumbran ya ciertos rasgos de universalismo con su separación del culto de Jerusalem, aunque su mensaje quedará aún circunscrito a los círculos judíos. Por otro lado, el martirio de su jefe y la persecución de sus adeptos hasta su dispersión ya suponía una ruptura neta con el judaísmo ortodoxo. Por último, y sobre todo,

con los helenistas la figura del fundador, Jesús, adquiría rasgos claramente helenísticos del Dios redentor que muere y resucita, que unido a la idea esenia de la purificación bautismal y a la celebración del banquete ritual de tipo helenístico, establecía las bases de un tipo de religión helenizante, que preludía los fundamentos doctrinales de Pablo, con los que el cristianismo adquirió su dimensión universal, desgajado del judaísmo. Así, la original secta judía de Jesús, comenzó a adquirir rasgos diferenciadores, en especial al salir del territorio de Palestina e implantarse lentamente entre judíos de la diáspora en las ciudades griegas del Oriente helenístico. Pronto surgiría, de hecho, la comunidad de Antioquía, en la que se mezclaron judíos helenizados, judeo-cristianos y no judíos, como chipriotas o cirenaicos, bajo la denominación genérica de «cristianos», que se atestigua aquí por primera vez. De igual modo se formaría la comunidad de Alejandría, que ya a mediados del siglo I está bien atestiguada. Y lo mismo puede decirse de la comunidad de



María entre dos magos (fines del siglo III).
Cementerio de los Santos Pedro y
Marcelino, Roma.



Vista de una Catacumba, Roma.

Roma, que, según el edicto de Claudio, en el año 49 ya parece estar formada.

En estas comunidades primitivas el debate interno se establecería entre las tendencias universalistas, partidarias de la inclusión de gentiles convertidos a la nueva religión, y las tendencias conservadoras judeocristianas, que sólo concebían esta religión en términos judíos y en un contexto cultural y étnico estrictamente judío. Finalmente, y aunque las ideas conservadoras judeocristianas se mantuvieron por mucho tiempo en no pocas comunidades, la expansión cristiana se debió al triunfo de una concepción universalista bien construida por Pablo de Tarso.

5. Pablo y la expansión cristiana

Hasta el momento el elemento judío había sido el predominante en las manifestaciones y doctrina de una religión que, aún siendo ya diferenciable del judaísmo estricto, era practicada por una secta judía, y apenas había sufrido contaminación de ámbitos extrajudíos. Por ello, las primeras comunidades no habrían pasado de ser unas sectas judías si no hubiera sido por su implantación en las grandes ciudades del Oriente griego, por su contacto con el mundo cultural helenístico, su expansión al mundo de los «gentiles» y, sobre todo, por el protagonismo que en este proceso hacia el universalismo tuvo Pablo de Tarso. La proporción de elementos de la cultura helenística en la primera expansión cristiana por Oriente es muy alta y, desde luego, incuestionable, aunque a veces no sea fácil individualizar esas influencias.

Ya desde finales del siglo III a. C., el mundo helenístico, angustiado por una situación decadente de los valores clásicos, había vuelto sus ojos hacia unas diferentes y heterogéneas

creencias y prácticas religiosas que tenían en común la búsqueda de satisfacción moral y de salvación futura como respuesta al inquietante mundo en el que surgieron.

El contacto con culturas extranjeras había potenciado la tendencia a sistematizar los conceptos religiosos y las personalidades divinas en una teología cosmopolita donde todos los dioses fueran compatibles dentro de un esquema diseñado con criterios fundamentalmente griegos. Y, así, desde la óptica griega se asimilaron y se reinterpretaban viejas religiones orientales, como la babilónica o la egipcia. La asimilación de los rituales místéricos de divinidades egipcias a los rituales místéricos típicamente griegos (como los de Eleusis) produjo una fusión religiosa universal muy atractiva, cuyos adeptos proliferaron en todo el mundo helenístico. El mismo proceso helenizador se produjo con otros dioses orientales, como Atis y Cibeles, Astarté o Mitra, cuyos seguidores fueron también en aumento con la continua búsqueda de satisfacción religiosa en cultos de carácter místico.

Característica común a todas estas religiones místicas era la revelación divina, que se manifestaba siempre en una encarnación, un padecimiento ritual, una muerte y una ulterior resurrección, con lo que la divinidad correspondiente quedaba glorificada, bien se trate de Osiris, de Adonis, Atis o Dionisos. La muerte y la resurrección gloriosa lleva consigo la salvación de los seguidores del dios. Esta idea soterológica en las religiones místicas se manifiesta específicamente en la iniciación de los adeptos a los rituales místéricos que transmiten al neófito la posibilidad de compartir con el dios el destino de salvación mediante una identificación con él. Por ello los rituales de iniciación son tan importantes en estos cultos, e incluyen un bautismo de agua o sangre, una investidura y otros

actos de purificación, tras los que el iniciado se integra en la comunidad de fieles y puede ya participar en la comida ritual de carácter teofágico, consistente en pan y vino (a veces también leche, miel o carne), en la que el dios se convierte en alimento de sus fieles y por este medio pasa a formar parte de ellos mismos, transmitiéndoles su poder salvador.

Pero al lado de este éxito de las religiones místicas, en el ambiente filosófico del mundo helenístico flota constantemente la idea del dios universal, único y supremo, que para unos fue Zeus-Serapis, y para otros alguno de los dioses salvadores o redentores, liberadores de los pecados o de los males que aquejan a la humanidad. Junto a esta idea se desarrolló también con no menos éxito el concepto de la encarnación divina en un hombre (*théios anér* = dios hombre), o de la manifestación del dios (*epiphánés*), que se aplicaba a los grandes personajes o incluso a los reyes helenísticos, como característica del culto real (al rey divinizado).

Además de estas modas religiosas, que son la consecuencia de una época que busca respuestas a una situación general de crisis moral e intelectual, el desarrollo filosófico de la época condicionó también las situaciones religiosas. Así, el platonismo extendió la idea de la necesaria liberación del alma inmortal aprisionada; el estoicismo preconizaba la existencia del único dios-logos, que es simultáneamente espíritu y materia, acción y ser. También los cínicos pretendían encontrar una fórmula de liberación de las pasiones en las fatigas y sufrimientos soportados a imitación de Herakles. La misma evolución del pensamiento filosófico helenístico desembocó en la gnosis no cristiana, cuyo objetivo era también la salvación del hombre mediante la revelación y la participación en prácticas místicas.

Todas estas ideas, unidas al gusto

por la magia, la superstición y la astronomía, tan frecuente en la época, confluyeron en la creación de un ambiente propicio en el mundo helenístico para que una religión de origen judío como la de Jesús, de la mano de un judío helenístico, Pablo, no sólo arraigara, sino que, además, adquiriera dimensión universal, como la síntesis de todas esas ideas religiosas, filosóficas y creencias helenísticas, que fueron adecuadamente integradas en ese proceso de universalización de una secta judía, originalmente pequeña y sin demasiadas pretensiones. El gran protagonista de ese proceso de dinamización fue Pablo de Tarso.

6. Pablo de Tarso

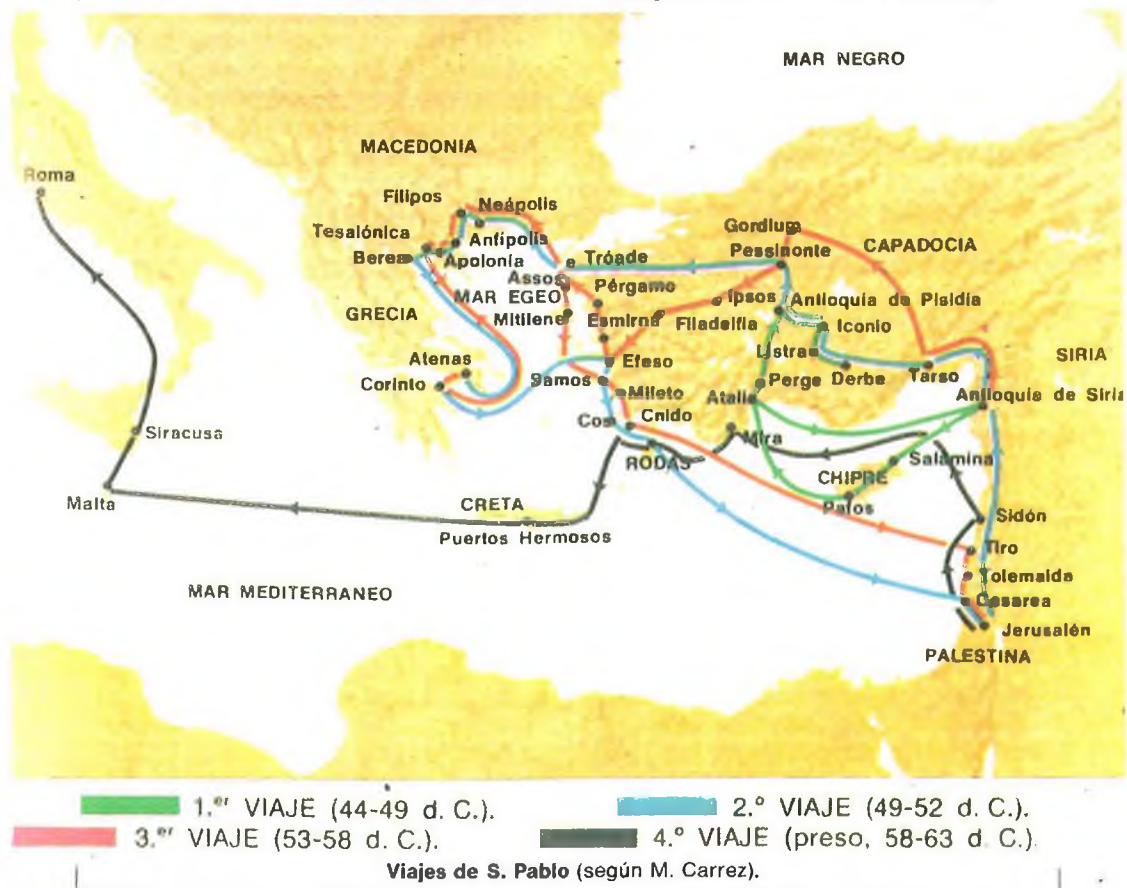
El sobresaliente interés que tiene Pablo es que contribuyó de forma decisiva a sacar el cristianismo de los márgenes en los que pretendía el judeocristianismo más radical. Para los paganocristianos la Ley judía carecía de sentido, jamás la habían practicado y por lo tanto se sentían libres de ella de una forma natural. El problema surgió cuando algunos judeocristianos quisieron forzar el paso previo por la Ley a los paganos para que pudieran tener acceso al cristianismo. Ello constituía una novedad, puesto que en un principio no se exigía la circuncisión a los paganos convertidos. Este cambio de actitud correspondía a las tensiones que por entonces surgieron entre el judaísmo y Roma. Estos judeocristianos con sus exigencias habrían buscado consolidar sus lazos con esa minoría de nuevos adeptos frente a Roma. El tema era de la mayor importancia si se tiene presente el poco éxito que alcanzó la predicación de Pablo entre los judíos y el rechazo que los paganos convertidos sintieron hacia la observancia de los preceptos judaicos. Pablo fue quien formuló el carácter de decisiva novedad que el cristianismo suponía frente al judaísmo. Esta in-

dependencia la argumentaba aduciendo la libertad que proporciona la gracia de Dios que supera y rechaza la pretensión de querer alcanzar la justificación a través de la Ley, es decir, de las prescripciones rituales y la circuncisión. La fe en Cristo había abolido la Ley. Pero esta forma de pensar tenía sus consecuencias políticas, pues se desvinculaba de nociones reivindicativas asociadas al judaísmo de la época y se lanzaba con una decidida voluntad de integración en el marco del Imperio Romano. Desde esta perspectiva se entienden ciertos pasajes de Pablo en los que recomienda la sumisión a la voluntad de los magistrados por ser ello la voluntad de Dios.

Para plasmar estas ideas contaba Pablo con su nacimiento en la ciudad

cilicia de Tarso (ca. 10). Acompañaba pues su formación judía de otra helenística propia de los judíos de la diáspora. Su forma de pensar, tras la conversión en torno al 36, se hubo de ir concretando a lo largo del primer viaje misional que emprendió por Chipre, Panfilia, Pisidia y Licaonia. Las dificultades encontradas a causa de los judíos y las inquietudes suscitadas en Antioquia por judeocristianos venidos de Judea que indicaban el carácter obligatorio de la circuncisión, forzaron el llamado Concilio de Jerusalén (49), del que salieron victoriosas, no sin mutuas reservas, las propuestas de Pablo.

Desde el año 50 hasta el 67 en el que se sitúa su muerte, Pablo de Tarso tuvo ocasión de fundar e influir en múltiples comunidades cristianas.



II. El cristianismo después de Pablo

1. El cristianismo y el Imperio romano

a) Nerón

En términos generales las autoridades romanas, hasta el año 64, se mostraron benévolas con la existencia y predicación de los cristianos, cuyos misioneros seguían afanosamente los rastros dejados por la diáspora judía. Aún más, fue la presencia romana o el temor a su intervención, como se pone de manifiesto en los *Hechos de los Apóstoles*, lo que impidió en ocasiones que los cristianos recibieran malos tratos o fueran linchados. Ni siquiera con Nerón se aprecia una hostilidad contra ellos hasta el año 64. Sin embargo, a partir de entonces hubo un cambio radical en la política general de Nerón y también en lo que se refiere a los cristianos. Pero si bien el cambio de actitud es manifiesto, lo que no lo es tanto es la causa o causas por las que decidió Nerón perseguir a los cristianos en Roma. Tácito, en un conocido pasaje, asocia la persecución con la intención de Nerón —el causante— de buscar un responsable para el incendio de Roma del 64. Sin embargo, Suetonio, que en su biografía de este emperador menciona sus medidas

anticristianas y le hace culpable del incendio, no alude a esta explicación según la cual Nerón habría pretendido transferir su culpa sobre los cristianos. No obstante, Suetonio sí se refiere a la condición de *superstitio nova* y *malefica* del cristianismo que justificó la represión de Nerón por el conjunto de perversiones que se le asociaban. Este parece en efecto haber sido el fundamento de la persecución y no una ley específica contra ellos. La tradición hizo a Pedro y a Pablo víctimas de esta persecución.

b) Los Flavios

Tras la muerte de Nerón los cristianos disfrutaron de un período de paz probablemente por la conciencia que tuvieron los primeros emperadores Flavios del carácter inocuo de los miembros de esta secta. Esta situación se alteró con Domiciano en el 95, quien estimuló una persecución que traspasó los límites de Roma y alcanzó a diversos lugares del Imperio. Ilustra la situación del cristianismo en este momento una noticia conservada por Casio Dion en la que se dice que Flavia Domitila y Flavio Clemente —a ambos hace cristianos la tradición— fueron acusados de «ateísmo», algo por lo que otros «deslizados hacia las costumbres judías»

Persecución de Nerón (año 64)

«Mas ni con los remedios humanos ni con las larguezas del príncipe o con los cultos expiatorios perdía fuerza la creencia infamante de que el incendio había sido ordenado. En consecuencia, para acabar con los rumores, Nerón presentó como culpables y sometió a los más rebuscados tormentos a los que el vulgo llamaba cristianos, aborrecidos por sus ignominias. Aquel de quien tomaban nombre, Cristo, había sido ejecutado en el reinado de Tiberio por el procurador Poncio Pilato; la execrable superstición, momentáneamente reprimida, irrumpía de nuevo no sólo por Judea, origen del mal, sino también por la Ciudad, lugar en el que de todas partes confluyen y donde se celebran toda clase de atrocidades y vergüenzas. El caso fue que se empezó por detener a los que confesaban abiertamente su fe, y luego, por denuncia de aquéllos, a una ingente multitud, y resultaron convictos no tanto de la acusación del incendio cuanto del odio al

género humano. Pero a su suplicio se unió el escarnio, de manera que parecían desgarrados por los perros tras haberlos hecho cubrirse con pieles de fieras, o bien clavados en cruces, al caer el día, eran quemados de manera que sirvieran como iluminación durante la noche. Nerón había ofrecido sus jardines para tal espectáculo, y daba festivos circenses mezclado con la plebe, con atuendo de auriga o subido en el carro. Por ello, aunque fueran culpables y merecieran los máximos castigos, provocaban la compasión, ante la idea de que perecían no por el bien público, sino por satisfacer la crueldad de uno solo.»

(Tácito, *Anales*, XV, 44, 2-5.

Trad. J. L. Moralejo)

«... persiguió a los cristianos, linaje de hombres entregados a una superstición nueva y maléfica...»

(Suetonio, *Nerón*, XVI, 2.

Trad. M. Bassols)

habían sido condenados. El dato es importante por varios motivos puesto que, por una parte, muestra la culpa religiosa que se imputaba a los cristianos; por otra, indica la confusión que todavía existía entre cristianos y judíos, y por fin, señala el atractivo que incluso para la aristocracia comenzaba a tener el cristianismo.

c) Los Antoninos

Contrapunto de la actuación de Domiciano fue Nerva, que desde el primer momento hizo manifiesta su voluntad de no actuar contra los cristianos. De tiempos de Trajano, su sucesor al frente del Imperio, es el documento oficial más antiguo que se nos ha conservado sobre las relaciones entre Roma y los cristianos. Se trata de una carta de Plinio el Joven, quien desde Bitinia escribe a Trajano pidiendo instrucciones sobre qué hacer con los cristianos; el documento se fecha entre el 109-113. La respuesta del emperador fue que los cristianos no debían ser buscados, salvo que hubie-

ra una denuncia no anónima. Es importante que en la respuesta de Trajano no se hiciera mención del tema de las asociaciones de los cristianos mencionado por Plinio en su carta. El silencio, si se tiene presente la suspicacia del emperador en esta materia, significa que los cristianos no se consideraban políticamente peligrosos. Ello insiste en el carácter religioso e individual de la culpa por la que tras una denuncia no anónima —no por una indagación de oficio por los magistrados competentes— un cristiano podía ser juzgado. La imprecisión de los términos del rescripto de Trajano nos muestra que se trataba de una solución de compromiso entre el pujante cristianismo y los paganos más intransigentes que veían en él una *religio illicita* inaceptable.

Otro rescripto de Adriano al prócsul de Asia, Minucio Fundano (124-125), significó una leve ruptura en favor de los cristianos del equilibrio poco firme establecido en el rescripto de Trajano. Adriano en el documento se negaba a que se inter-

viniera de forma más enérgica contra los cristianos y ratificaba la fórmula de Trajano añadiendo, además, que el acusador debía aportar pruebas en las denuncias a cristianos y que el gobernador debía castigar a los calumniadores.

En tiempos de Antonino Pio no hubo innovaciones legislativas, aunque el equilibrio, que con Adriano se había roto levemente en favor de los cristianos, se volvió de nuevo a alterar también levemente, pero ahora en su contra. Ello se deduce de un rescripto fechado en el 141 y que el emperador envió a un legado de la Galia Lugdunense en el que se fijaban las medidas a tomar contra los introductores de sectas y religiones fuera de razón. El rescripto, aunque no mencionaba a los cristianos, podía —y de

hecho lo fue— ser utilizado contra los cristianos. La nueva tendencia se hizo explícita en la ruptura de la norma de no buscar expresamente a los cristianos, que se rompió en algún caso, como fue el de Policarpo de Esmirna.

Un índice para seguir la creciente expansión del cristianismo en el Imperio Romano es la mayor atención que le prestan los autores paganos de la época al fenómeno. Gracias al apologeta cristiano Minucio Felix conocemos el escrito del sofista Frontón contra los cristianos. En la obra se recogían las perversiones que se atribuían a los cristianos, tales como adorar la cabeza de un burro, antropofagia durante los rituales e incesto. La actitud de desprecio, más o menos benevolente según los casos, fue la tó-



Relieve del Arco de Tito con objetos del templo de Jerusalén.



Noé saliendo del Arca.
(fines del siglo III).
Cementerio de los Santos Pedro y
Marcelino, Roma.

nica apreciable en los intelectuales paganos que por uno u otro motivo se refirieron a lo largo del siglo II a los cristianos. Es de destacar en este sentido la obra de Celso, conocida en buena medida por la réplica que recibió de Orígenes a mediados del siglo III, el *Discurso verdadero* (ca. 180), en la que de forma pormenorizada ofrecía una exposición y refutación del cristianismo. La información que de los cristianos tenía Celso y la preocupación que delata la obra, es un indicador de los progresos alcanzados por el cristianismo a finales del reinado de Marco Aurelio a pesar de la disposición negativa que éste tenía hacia los cristianos.

El comportamiento de Marco Aurelio para con los cristianos tuvo dos

fases. En la primera se mantuvo la tendencia de época de Antonino Pio, aunque algunas fuentes cristianas hablan de intensificación de las persecuciones, fruto quizás de reacciones contra los seguidores de esta *superstitio* por la peste que se difundió por el Imperio. Pero en lo fundamental se siguió con la norma de Trajano: el delito de los cristianos es una culpa religiosa privada que se puede perseguir tras una denuncia no anónima. A pesar de ser esta la tendencia, en el acta de martirio de Justino se aprecia el interés del magistrado por aspectos de la vida asociativa cristiana. Ese nuevo interés prenunciaba el cambio que iba a sobrevenir y que inauguraba una segunda etapa. Comienza ésta en el 177 con persecuciones en distintos lugares (Asia, Grecia y Galia). El proceso que en Lyon se siguió contra los cristianos presentaba novedades importantes: investigación de oficio contra los cristianos, con lo que se rompía la norma de Trajano, e inutilidad de la apostasía para evitar la condena. Ello supone que Marco Aurelio se determinó a intervenir de forma directa contra los cristianos. La causa que provocó este cambio quizás pueda hallarse en el radicalismo de los montanistas que se percibió como algo contrario a los intereses del Imperio. Por ello además se explicaría la insistencia con que los apologistas de la época defienden la lealtad cristiana para con Roma.

A pesar de esta disposición más rigurosa contra los cristianos en tiempos de Marco Aurelio, bajo su hijo Cómodo los cristianos, como organización, van a salir a la luz pública como propietarios de lugares de culto y cementerios de la misma manera que los miembros de asociaciones (*collegia*) de carácter funerario y cultural. La situación era en cierta medida paradójica, porque el cristianismo seguiría siendo considerado una *religio illicita* y como tal podían ser perseguidos sus adeptos.

d) Los Severos

Algunas fuentes hablan de una persecución en tiempos de Septimio Severo. Sin embargo, en la actualidad se niega que hubiera una persecución general bajo este emperador, aunque hubo levantamientos anticristianos en Egipto y Norte de Africa. Pese a ello, la época de los Severos se entiende como de tolerancia para con los cristianos y esta disposición se justificaba por el reconocimiento entre los cristianos, excepción hecha de los montanistas, de que debían respetar

ciertas normas de convivencia y participar en la vida del Imperio. Con Alejandro Severo, el último de la dinastía, aún se mejoró la situación para los cristianos. El sincretismo de creencias de este emperador, descrito por la *Historia Augusta*, era un punto de partida adecuado para sostener una actitud tolerante.

Una primera reacción a esta creciente cristianización del Imperio tuvo lugar con Maximino el Tracio (235). Parece, no obstante, que no emitió un edicto contra los cristianos. Este cambio de actitud se explica por



Figura de orante. A la derecha la Madre y el Niño (siglo III), Cementerio de Priscila, Roma.



**Cristo llevado a los cielos
en el carro del Dios-Sol.**

la mayor implantación de los cristianos en las capas altas del Imperio. Precisamente en el 244 asumió el poder imperial un prefecto del pretorio de nombre M. Tulio Filipo o Filipo el Arabe, a quien la tradición hace cristiano.

e) Decio y la segunda mitad del siglo III

La propaganda de Decio como *res titutor sacrorum* tras la caída de Filipo apunta hacia una nueva reacción anticristiana que se hizo más evidente con las persecuciones. Este emperador exigió que todos los ciudadanos participaran en un sacrificio general (250). Resultado de esta medida fue

que algunos cristianos sacrificaron, que otros obtuvieron el correspondiente «certificado» (*libellus*) como si hubieran sacrificado, y, por fin, quienes no consiguieron eludir la medida sufrieron martirio. En las zonas en que la actitud anticristiana era más fuerte fue donde tuvo mayor efecto este edicto (Africa y Egipto).

Una persecución posterior en tiempos de Valeriano tuvo una notable influencia en el desarrollo de las relaciones con el Imperio, pues supuso, aunque fue con la intención de perseguirlos, reconocer a los cristianos como una comunidad con una estructura propia, constituida jerárquicamente y con un patrimonio. En los primeros años de su reinado (253-257) este emperador fue benévolo con los cristianos, pero después emitió una serie de edictos en su contra (257-258) y en el segundo de ellos disponía que se privara a senadores y caballeros cristianos de su *status*, y si tras sufrir esta pena perseveraban, debían ser condenados a muerte. Por tanto, no bastaba la apostasía para el perdón. No se buscaba por tanto propiciar la integración de los cristianos, sino persuadir a cualquier persona para que no engrosara las filas ya numerosas de esta secta. Estos edictos fueron acompañados de una serie de intervenciones directas por las que impuso el cierre de lugares de culto, confiscó cementerios y lugares de reunión y exilió a obispos y presbíteros. Tales actuaciones suponían un reconocimiento del cristianismo como una asociación organizada jerárquicamente y con propiedades. La aceptación de este hecho, aunque fue para perseguir a los cristianos, significó que si se revocaba tal edicto se convertía al cristianismo en una *religio licita*. Esto sucedió con Galieno (260) y sus sucesores Claudio y Aureliano, su tolerancia se avenía con el carácter sincrético del monoteísmo solar por ellos propugnado.

La vitalidad del cristianismo en la

segunda mitad del siglo III fue notoria. Tras la persecución de Decio las comunidades cristianas se recuperaron con rapidez. El epistolario de Cipriano de Cartago, por ejemplo, muestra el ánimo con el que se reemprendió la reorganización de la comunidad cristiana. Este esfuerzo cristalizó en una rápida expansión del cristianismo en los ámbitos rurales, en un considerable aumento del número de obispados y, en fin, en una consolidación y expansión del cristianismo en cuanto opción religiosa y organización.

f) Diocleciano

La política conservadora de Diocleciano de vuelta a la tradición religiosa romana significó el fin de la tolerancia y un regreso a las persecuciones. Esta nueva disposición no se hizo efectiva, salvo ocasionalmente en el ejército, durante aproximadamente los primeros veinte años del reinado de Diocleciano (248-303). Sin embargo, desde principios del 303 hasta principios del 304 se emitieron cuatro edictos que dieron paso a la llamada Gran Persecución. Con estas medidas se pretendía limpiar de todos los elementos contrarios a la tradición romana el Imperio. El primero de los edictos se orientaba a impedir el culto, con el segundo se pretendía arrestar a los jerarcas de las comunidades, en el tercero se prometía la libertad a los encarcelados si consentían en realizar sacrificios y libaciones y el cuarto edicto exigía a todos los habitantes del Imperio sacrificar a los dioses. La aplicación de estas medidas con sus penas ajenas fue desigual en el Imperio. Resultaron prácticamente libres de la persecución Galia y Britania, bajo el control de Constancio Cloro. No obstante, la situación de los cristianos a principios del siglo IV estaba ya perfectamente consolidada y ello se apreciaba en el optimismo con el que los cristia-

nos encararon la persecución presentándose voluntariamente ante los magistrados (Palestina, Egipto), que estaban desbordados por la tarea, o incluso saqueando santuarios paganos (Africa).

Con la abdicación de Diocleciano en el 305 y la instauración de la Segunda Tetrarquía, la persecución fue muy distinta en Oriente y en Occidente. Mientras que en Occidente en la práctica se dejó de perseguirlos, en Oriente se recrudeció la persecución y se mantuvo hasta el 311 por el impulso que recibió de manos de Valerio.

Sin embargo, la reacción de Diocleciano con sus derivaciones precedió a un cambio de actitud irreversible a favor del cristianismo contra el que nada pudieron agresiones ulteriores.

2. Los fundamentos de las actitudes anticristianas

a) Introducción

En el *Apologético* Tertuliano, el vigoroso autor norteafricano, informa-

Rescripto del emperador Trajano (ca. año 110)

«Trajano a Plinio. Has seguido, Segundo mío, el procedimiento que debiste en el despacho de las causas de los cristianos que te han sido delatados. Efectivamente, no puede establecerse una norma general, que haya de tener como una forma fija. No se los debe buscar; si son delatados y quedan convictos, deben ser castigados; de modo, sin embargo, que quien negare ser cristiano y lo ponga de manifiesto por obra, es decir, rindiendo culto a nuestros dioses, por más que ofrezca sospechas por lo pasado, debe alcanzar perdón en gracia de su arrepentimiento. Los memoriales, en cambio, que se presenten sin firma, no deben admitirse en ningún género de acusación, pues es cosa de pésimo ejemplo e impropia de nuestro tiempo.»

(Plinio, *Cartas*, X, 97.
Trad. D. Ruiz Bueno)

ba sobre los tumultos anticristianos que surgían en el Imperio con las siguientes palabras: «El Tiber se ha desbordado en la ciudad, el Nilo no se ha desbordado en los campos, se declara el hambre o la peste, inmediatamente se grita: «los cristianos a los leones». La cuestión que plantea este pasaje y a la que se pretende dar respuesta es por qué los cristianos se convertían en objeto de la animadversión de las gentes, al menos de algunas entre las que vivieron, o, expresado de otra manera, cuáles son las peculiaridades que les distinguieron y que bajo ciertas condiciones de presión les convirtieron en «chivos expiatorios». El tema es importante porque, por una parte, las persecuciones generales fueron pocas y de una relativa corta duración, y, por otra, la ambigua legislación, como se ha visto, que sobre los cristianos existía, re-

quería que se generase un sentimiento anticristiano para que se plasmara en presiones, denuncias, procesos y condenas. Por tanto ¿qué caracterizaba y aislaba a los cristianos para que concitaran el odio de algunas personas?

b) Problemas teóricos

El cristianismo, por su misma forma de comprender la divinidad, supuso una ruptura con las concepciones al uso en la cultura grecorromana. El dios cristiano, como el judío, era celoso y excluyente. A diferencia de los dioses paganos que acostumbraban por lo común a compartir de buen grado su condición divina, el Dios cristiano relega a todos los demás dioses, los del panteón clásico y los restantes, a la condición de demonios malvados que acechan a los hom-



Interior de una sepultura en las catacumbas de S. Sebastián, Roma (siglo III).



Símbolos cristianos: crismón, ancla y pez (siglo III). Catacumbas de S. Sebastián.

bres para conducirlos por el camino del mal y de la idolatría. A esto llamaban los paganos el ateísmo cristiano. Esta disposición de ánimo no podía sino sorprender y parecer osada. A fin de cuentas, decían los paganos, se trataba de un dios bárbaro, cuyo origen y novedad ciertamente no facultaba a sus seguidores para tratar con desdén a los dioses tradicionales.

Esta creencia en un Dios único y otros aspectos de la doctrina cristiana que igualmente sorprendían a los paganos, los sustentaban los seguidores de esta nueva opción religiosa con una absoluta seguridad, por entenderlos fruto de una revelación divina.

Así, lo que para unos era objeto de una fe fuera de toda duda y discusión, para los otros era un conjunto de dislates defendidos con una arrogancia inaceptable, que además atentaba contra una vieja y venerable tradición.

c) Problemas sociales

Pero el cristianismo no sólo provocaba problemas de carácter teórico, sino que también afectaba a muchas cuestiones prácticas y cotidianas.

Todo fenómeno religioso a medida que se desarrolla y adquiere rango institucional hace crecer en su entor-

Peregrino y los cristianos (ca. año 170)

«Fue entonces, precisamente, cuando conoció la admirable doctrina de los cristianos, en ocasión de tratarse, en Palestina, con sus sacerdotes y escribas. Y ¿qué os creéis? En poco tiempo les descubrió que todos ellos eran unos niños inocentes, y que él, sólo él, era el profeta, el sumo sacerdote, el jefe de sinagoga, todo, en suma. Algunos libros sagrados él los anotaba y explicaba; otros los redactó él mismo. En una palabra, que lo tenían por un ser divino, se servían de él como legislador y le dirigían cartas como a su jefe. Todavía siguen adorando a aquel gran hombre que fue crucificado en Palestina por haber introducido entre los hombres esta nueva religión.

Prendido por esta razón, Proteo fue a dar con sus huesos en la cárcel, cosa que le granjeó mayor aureola aun para las otras etapas de su vida y con vistas a la fama de milagrero que tanto anhelaba. Pues bien; tan pronto estuvo preso, los cristianos, considerándolo una desgracia, movieron cielo y tierra por conseguir su libertad. Al fin, como esto era imposible, se procuró al menos proporcionarle cuidados y no precisamente al buen tuntún, sino con todo el interés del mundo. Y ya desde el alba podía verse a las puertas de la cárcel una verdadera multitud de ancianos, viudas y huérfanos e incluso los jefes de su secta dormían con él en la prisión, previo soborno de los guardianes. Luego eran introducidos toda clase de manjares, se pronunciaban discursos sagrados y el excelente Pere-

grino —pues todavía llevaba este nombre— era calificado por ellos de nuevo Sócrates.

Es más: incluso desde ciertas ciudades de Asia llegaron enviados de las comunidades cristianas para socorrer, defender y consolar a nuestro hombre. Porque es increíble la rapidez que muestran tan pronto se divulga un hecho de este tipo. Y es que —para decirlo con sus propias palabras— no tienen bienes propios. Y ya tienes que va a parar a los bolsillos de Peregrino —procedente de manos de esas gentes— una gran suma de dinero en razón de su condena; con ello le ayudaron, y no poco, monetariamente. Y es que los infelices creen a pie juntillas que serán inmortales, y que vivirán eternamente, por lo que desprecian la muerte e incluso muchos de ellos se entregan gozosos a ella. Además, su fundador les convenció de que todos eran hermanos. Y así, desde el primer momento en que incurrían en este delito reniegan de los dioses griegos y adoran en cambio a aquel filósofo crucificado y viven según sus preceptos. Por eso desprecian los bienes, que consideran de la comunidad, si bien han aceptado estos principios sin una completa certidumbre, pues si se les presenta un mago cualquiera, un hechicero, un hombre que sepa aprovecharse de las circunstancias, se enriquece en poco tiempo, dejando burlados a esos hombres tan sencillos.»

(Luciano, *Sobre la muerte de Peregrino*, 11-13. Trad. J. Alsina)

no una larga serie de actividades sociales, culturales y económicas. Una creencia religiosa a la larga supone un templo, un patrimonio, un servicio de culto y, por consiguiente, unos sacerdotes, unos fieles, una atención a los mismos, que puede ser muy variada, y unas celebraciones. Todo ello requiere no poca energía y una financiación y también, en torno a todo ello gravitan múltiples actividades subsidiarias que van desde la mendicidad al artesanado.

En consecuencia, cuando un cristiano se manifestaba en contra de unas creencias religiosas no sólo atentaba contra unas ideas más o me-

nos venerables, contra unas prácticas más o menos vigorosas, sino que también agredía a una serie de intereses que giraban en torno a las creencias en cuestión.

Por este motivo, san Pablo se encontró con una violenta oposición con los plateros de Efeso, que veían peligrar por la predicación cristiana su negocio de construcción de templos dedicados a Artemisa. Otro caso semejante, aunque menos explícito, nos es relatado en la carta que Plinio el Joven envió a Trajano para pedirle instrucciones sobre los cristianos. En este documento el legado de Tranajo narraba como la carne de las

víctimas de los sacrificios no encontraban fácil comprador por la proliferación de cristianos. Así, la difusión de las prácticas cristianas podía afectar en ocasiones incluso a los carniceros.

Existían, además, una serie de espectáculos y prácticas festivas que eran consideradas por los cristianos censurables. La denuncia de estas actividades, que en algunos casos los cristianos compartieron con ciertos intelectuales paganos de la época, sin duda también hubo de contribuir a su impopularidad. Taciano, en su *Discurso a los griegos*, con la agresividad del talante radical que caracteriza su opción cristiana, tachaba por ejemplo de inmoral el teatro clásico y de inhumanas las luchas de los gladiadores. Observaciones similares y no menos contundentes pueden encontrarse en Tertuliano. Al no participar de estas actividades, que gozaban de una gran popularidad, los cristianos se aislaban y señalaban. Pero al emitir unos juicios tan severos los cristianos hacen algo más que aislarse, se hacen acreedores de ultrajes. Y ello no sólo por el hecho de oponerse a unas prácticas muy populares que suscitaban encendidas aficiones, sino porque estas prácticas cumplían otras funciones además de entretener. Por medio de los espectáculos y juegos, las aristocracias del Imperio ratificaban su *status*, paliaban las tensiones derivadas de las diferencias sociales y se hacían merecedoras del aprecio de sus conciudadanos. En consecuencia, quien denunciaba estos usos, no sólo criticaba unas fórmulas de esparcimiento más o menos extendidas, sino también a las personas relevantes que financiaban, en ocasiones no sin esfuerzo, estos espectáculos y competición entre sí para darles mayor esplendor.

También fue feroz el ataque de Taciano contra prácticas importantes del siglo II y que tenían una vertiente intelectual y otra vital: la Filosofía y

la Sofística. Que el tema era influyente y que la tensión existía se evidencia por la polémica que mantuvo Justino con Crecente, el filósofo cínico, o el tono peyorativo con que aparecen descritos los cristianos por Elio Aristides o Luciano.

Estas opiniones, aunque no se manifestaban con la misma intensidad siempre y en todas partes, contribuyeron a individualizar la opción cristiana y a provocar entre algunos paganos, en especial los más conservadores, la animadversión contra estos arrogantes seguidores de una secta religiosa reciente y bárbara, como la calificaba Celso.

d) Problemas políticos

La integración política de los cristianos en el Imperio no fue tarea fácil, aunque ciertamente a pesar de las excepciones fue aumentando desde la segunda mitad del siglo II. Celso, en su *Discurso verdadero*, acusa a los cristianos de sediciosos en repetidas ocasiones. Su propia organización asociativa provocaba recelos.

Podemos comenzar hablando de las repercusiones que tenía la negativa cristiana a participar en el culto imperial. Es un tema que aparece con alguna frecuencia en las actas de los mártires. En ellas se relata como se pedía al cristiano que sacrificara o jurara por el genio del emperador. La negativa del cristiano que usualmen-

Comentario de Marco Aurelio sobre los cristianos (ca. año 170)

«¡Cómo es el alma que se halla dispuesta, tanto si es preciso ya separarse del cuerpo, o extinguirse, o dispersarse, o permanecer unida! Mas esta disposición, que proceda de una decisión personal, no de una simple oposición, como los Cristianos, sino fruto de una reflexión, de un modo serio y, para que pueda convencer a otro, exenta de teatralidad.»

(M. Aurelio, *Meditaciones*, XI, 3.
Trad. R. Bach)

te va acompañada de un rechazo general hacia todos los dioses paganos los delata como pertenecientes de la secta y da argumentos para mandarlos al suplicio. ¿Qué significaba esta actitud del cristiano? Sin duda algo importante pues el culto imperial era una práctica religioso-política por la que se simbolizaba la unidad y lealtad de las provincias y el ejército para con el emperador. Era además una práctica muy difundida con variantes geográficas y sociales, que se manifestaba de diversas maneras: el emperador aparecía asociado a los dioses en las monedas, se levantaban estatuas de su persona con caracterizaciones divinas o hechas de metales preciosos reservados para representar divinidades, se juraba por su nombre, se realizaban procesiones en su honor, se conmemoraba su nacimien-

to... A través de estos actos las aristocracias ratificaban un *status* social y estas celebraciones daban ocasión de hacer méritos a quienes desearan prosperar social y políticamente. Por tanto, si aparecía un grupo que se mostraba no partidario o contrario a este culto, ello podía resultar inquietante y censurable, tanto para los representantes de la administración romana como para los de la administración local, que competían en adular a los emperadores para acumular argumentos que en su día les facilitarían privilegios para ellos y sus ciudades.

Tampoco debieron de parecer solidarias las opiniones de ciertos cristianos que desde el 170 en adelante rechazan la participación en los ejércitos. Aun concediendo la posibilidad de atribuir a excesos retóricos los pasajes que se pueden encontrar en Hipólito, Tertuliano y Orígenes, la impresión que debieron causar en un momento en que el Imperio estaba comprometido en múltiples guerras, hubo de ser pésima. Así como la actitud de ciertos cristianos que rehusaban cargos públicos.

Algo semejante debió suceder con las profecías cristianas que anunciaban el fin de los tiempos. También éstas se presentaban con conexiones políticas que no eran deseables para el Imperio. En primer lugar producían desasosiegos; pero, además, tales anuncios de la inminente parusía, tan intensos que llegaron a preocupar a los propios cristianos, se fundaban en una valoración crítica de las circunstancias por las que pasaba el Imperio Romano. Se denunciaba con este motivo el lamentable estado de distintos aspectos de la vida pública y privada que probaban la proximidad del fin de los tiempos. Todo esto mientras, por ejemplo, los paganos realizaban diagnósticos con intención de reforma de aquellos aspectos trastornados por la crisis del siglo III. Ello hubo de hacer aparecer a los cristianos como



Libelo justificativo de haber hecho sacrificios a los dioses paganos.



Africa cristiana en el siglo III (según Gondinet).

insolidarios para con los problemas del Imperio.

Otro modo de actuar de los cristianos que hubo de aparecer con implicaciones políticas fue la constancia con la que algunos de ellos mantuvieron sus creencias incluso hasta la muerte. La imagen del cristiano que soporta el martirio estoicamente tras haber reiterado su condición de cristiano, hubo de interpretarse —así lo sugieren Plinio el Joven y las actas de los mártires— un desafío a la autoridad representada por el magistrado. Es de suponer que tal actitud se juzgó como un acto de rebeldía con un significado político impreciso, pero que en cualquier caso no debía ser tolerado. Así hubieron de creerlo algunos en tanto que otros encontrarían materia de reflexión y curiosidad por esa doctrina que conseguía arrastrar hasta la muerte a sus seguidores.

Por supuesto, no todos estos aspectos que pudieron molestar o inquietar a los paganos que no pasaban a engrosar el número de los cristianos actuaron con la misma intensidad en todas las partes del Imperio y a lo lar-

go de los tres primeros siglos, pero sí constituyeron motivos para que aquí y allá se persiguiera a los cristianos atribuyéndoles crímenes nefandos, incestos y banquetes en los que se comían las víctimas de crímenes rituales y el romper la *pax deorum*, es decir, la concordia existente entre hombre y dioses.

Pero lo paradójico de todo ello es que muchos de estos comportamientos e ideas cristianas generaron no sólo hostilidades, sino también un creciente interés y estima. La inversión teórica y numérica de esta situación finalizó con el éxito cristiano.

3. El triunfo del cristianismo

Era necesaria la observación con la que se puso fin al apartado anterior, porque a fuerza de insistir en las razones por las que los cristianos se convirtieron en objeto de la animadversión de los paganos, termina por resultar difícil entender su creciente éxito. Y, en efecto, el tema no es senci-

llo, pues además de estar ideológicamente muy contaminado, las fuentes no son especialmente explícitas sobre qué era lo que fue concediendo un creciente atractivo a la opción cristiana. Al mismo tiempo, no cabe duda de que algunos factores hubieron de concurrir para que el cristianismo pasara de ser una minúscula opción dentro del judaísmo a una religión reconocida y aceptada por amplias capas de la población del Imperio Romano. Por otra parte, este proceso de integración se realizó, como hemos visto, partiendo los cristianos de discrepancias no pequeñas con respecto a las pautas culturales y sociales de los medios en los que finalmente fueron aceptados.

Pueden contribuir a orientar la respuesta a esta cuestión dos breves reflexiones previas: una nueva opción obtendrá tanto más éxito cuanto más se aproxime a las expectativas de las personas entre las que se va a difundir; de forma complementaria, una nueva opción se recibirá con tanto mayor ínteres cuanto más débil sea aquello que viene a sustituir. Este punto de partida es importante porque uno de los aspectos notorios de la cultura grecorromana es la insuficiencia de la religión tradicional pagana para responder a las necesidades espirituales. Ello se venía arrastrando desde época helenística y resulta evidente de forma especial des-

de el siglo II a. C. Personajes como Peregrino, biografiado por Luciano, que pasó por una fase de filósofo cínico, por otra de cristiano para, finalmente, quemarse en público en Olimpia; o como Elio Aristides, quien en sueños recibía constantes indicaciones de Asclepio entendido como médico divino, instructor de retórica, sostén y salvaguardia de su vida; o como Apolonio de tiana, cuya leyenda se alimentó a lo largo del siglo II para al fin desembocar en la biografía de Filóstrato que nos presenta a un «hombre divino» que libra a ciudades de plagas, resucitaba a muertos, vivía entre discípulos, reformaba templos; o como Alejandro de Abonutico, cuya oferta de un oráculo no hubo de ser tan ridícula, como pretende Luciano, si nos atenemos al éxito que alcanzó, personajes todos ellos que con sus biografías, ansiedades y nuevas opciones religiosas testimonian la zozobra espiritual que se vivía en el siglo II, algo que se acentuó desde época de Marco Aurelio. En un contexto en el que las figuras citadas son meros exponentes de una situación con un alcance muy superior, los cultos tradicionales resultaban insuficientes. De hecho, se ha apreciado en distintas partes del Imperio una disminución de las inscripciones votivas vinculadas a divinidades tradicionales.

El cristianismo, pues, surgió y se

Epitafio de Abercio (año 170-200)

«Ciudadano de una distinguida ciudad hice esto en vida, para en su momento tener aquí un lugar para el cuerpo. Mi nombre es Abercio y soy discípulo de un pastor santo, que apacienta rebaños de ovejas en montes y llanuras y tiene grandes ojos que desde arriba observan todo. Este me enseñó escrituras creíbles, el que me envió a contemplar un reino y a ver a una reina de túnica y calzado dorados. Vi allí un pueblo que tiene un sello brillante.» También vi la llanura siria y todas las ciudades, y Nisibi tras cruzar el Eufrates. Apoyado en Pablo tuve en todos los lugares parientes. La fe

me hizo avanzar por todas partes y me ofreció por doquier como alimento un pez grande y puro de una fuente, el que una virgen pura agarró y entregó a sus amigos para que por siempre comieran con buen vino y dándolo mezclado con pan. Presente yo Abercio dije que estas cosas se escribirían así, cuando en verdad tenía setenta y dos años. Todo el que concorde entienda esto, ruegue por Abercio. No se pondrá a ningún otro en mi tumba. Si se pone, pagará al fisco de Roma 2.000 áureos y a la benéfica patria de Hierápolis 1.000.»

(Trad. F. Gascó)

difundió en un momento en el que colmaba una necesidad. Su carácter novedoso se avenía además a las transformaciones económicas, sociales y políticas que tuvieron lugar en el Imperio desde finales del siglo II y durante el siglo III. Doctrina de renunciaciones, como por entonces era el cristianismo, alcanzaba una mayor resonancia cuando las renunciaciones se deducían del propio contexto y cuando ofrecía una vida en el más allá con la que se prometía compensar las efectivas miserias terrenales de la época. Desde esta perspectiva se explica el comentario de San Cipriano diciendo que con la peste aumentaba el número de fieles o la intensidad con la que se esperaba en las comunidades cristianas la siempre inminente nueva parusía, o el carácter de reivindicación social que adquieren ciertos aspectos de la vida cristiana, por ejemplo, en Egipto.

Pero, junto con estas condiciones críticas del Imperio, que conferían atractivo al cristianismo, había otros elementos exteriores que sin duda facilitaron su difusión. Es el caso de la diáspora judía, cuyos enclaves en la cuenca del Mediterráneo se convirtieron en el primer objetivo de los misioneros cristianos y facilitaron un entramado inicial para sus actividades. Otro tanto sucede con el marco político ofrecido por el Imperio Romano, en los términos descritos por Elio Aristides en su *A Roma*, en cuanto territorios unificados y pacificados entre los cuales las comunicaciones eran sencillas. Un eco de estas observaciones del sofista se encuentran en Ireneo de Lyon, que reconocía tales condiciones.

Pero había otros aspectos que brotaban del propio contenido doctrinal cristiano que sin duda contribuyeron a facilitar la propagación del *kerygma* cristiano. Ya se ha señalado su carácter de religión de salvación, además estaba su pretensión universalista tanto en lo social como en lo étnico.

Los cristianos como «chivos expiatorios» (año 197)

«Pero este nombre de facciosos se debe aplicar, por el contrario, a estos que conspiran para incitar el odio contra gentes honestas y dulces, y que reclaman a grandes gritos la sangre de los inocentes. En verdad para justificar su odio, ellos alegan, entre otros vanos pretextos, que consideran a los cristianos como la causa de todos los males nacionales. El Tíber se ha desbordado en la ciudad, el Nilo no se ha desbordado por los campos, se declaran el hambre o la peste, inmediatamente se grita: ¡los cristianos a los leones!»

(Tertuliano, *Apologético*, XL, 1-2.
Trad. F. Gascó)

La primera predicación cristiana entre los judíos pronto se amplió hasta los gentiles y la acusación de Celso contra los cristianos tachándoles de tener sus únicos adeptos entre los pobres e ignorantes ya era falsa cuando escribió su *Discurso verdadero* (ca. 180). Junto con ello estaban algunos comportamientos que ciertamente hubieron de causar admiración y darle cierto prestigio. El vigor con el que bastantes cristianos mantuvieron sus creencias incluso a costa de su propia vida, además de darles publicidad debió hacer que muchos se preguntaran sobre cuál era la virtualidad de esa doctrina por la que algunos morían. A ello se refiere Tertuliano cuando decía que la sangre de los mártires era semilla de nuevos cristianos. Otro aspecto que hubo de parecer digno de elogio fue señalado por Luciano cuando se refirió a la solidaridad que mantenían entre sí los miembros de las comunidades cristianas cuando uno de ellos se hallaba en dificultad.

Todo ello, en fin, junto a la voluntad de colaboración política que se apreciaba, por ejemplo, en algunos pasajes del *Contra Celso*, de Orígenes, constituyó el contrapunto en franco avance de las razones por las que fue perseguido el cristianismo.

III. Instituciones y controversias cristianas

1. Las instituciones cristianas

a) La organización de las primeras comunidades cristianas

Los cristianos en un primer momento contaron, como es de suponer, con una organización mínima. La comunidad de Jerusalem gravitaba en torno a los apóstoles, quienes poseían una indiscutida autoridad moral y espiritual. Ellos eran los administradores de un patrimonio doctrinal que habían acumulado en los años que convivieron con Cristo y que éste, según querían hacer ver, les había confirmado con sus apariciones tras su muerte. A ellos se agregaron, siguiendo el modelo del Sanedrín judío, un grupo de *presbyteroi* o ancianos. Sus atribuciones no se conocen bien, pero muertos los apóstoles fueron ellos quienes mantuvieron una dirección colegiada sobre las comunidades judías. En el curso del siglo II este sistema terminó por asimilarse al que se comenzó a dar en el resto de las comunidades cristianas basado en los presbíteros y diáconos.

La clara opción proselitista cristiana que en los primeros tiempos se manifestó a través de una voluntariosa predicación itinerante —su inten-

sidad disminuyó durante el siglo II— y el eco que halló la doctrina que difundían, hizo que pronto surgieran en tierras «gentiles» nuevas comunidades de una base que podríamos llamar familiar. El apóstol o misionero llegaba a una casa, convertía a su anfitrión y con él a su familia. Este nuevo cristiano designado para ejercer su autoridad por el misionero facilitaba después el local para las reuniones, realizaba una labor de coordinación y aseguraba la continuidad en la incipiente comunidad. Este es aproximadamente el tono inicial de las iglesias fundadas por Pablo de Tarso, sobre las que tenía una tutela y autoridad que en ocasiones ejerció.

En la misma medida que estas inicialmente pequeñas comunidades fueron creciendo, surgieron nuevas necesidades. Para atenderlas bien eran elegidos por las iglesias locales los *presbyteroi* o *episcopoi* («inspectores») —términos que se utilizaron indistintamente por mucho tiempo— y los diáconos. Eran responsables los primeros de los aspectos espirituales y litúrgicos de las comunidades, en tanto que los segundos se ocupaban fundamentalmente de las cuestiones materiales, administrativas y asistenciales. Junto a ellos había miembros de la comunidad que se consideraban poseedores de dones («caris-

mas») del Espíritu Santo, que también gozaron de una cierta autoridad, en ocasiones embarazosa para los otros mandatarios de la comunidad —Pablo de Tarso tuvo ya problemas de esta índole—.

b) El obispado monárquico

En una evolución que no fue uniforme en las distintas comunidades y cuyo proceso no se puede seguir con precisión, se pasó de esta situación a lo que se ha dado en llamar obispado monárquico. En este nuevo estadio organizativo una sola persona se hallaba al frente de la comunidad, aunque poseía una serie de ayudantes, presbíteros y diáconos, elegidos por

el. La selección de este nuevo tipo de obispos se realizaba por los miembros de la comunidad reunidos para esta ocasión y que emitían su voto oral, una vez escogida la persona los obispos de las comunidades vecinas le imponían las manos. Además de los posibles méritos morales y espirituales que pudieran concurrir en el obispo, no eran ajenos a su elección ni sus recursos económicos ni su pertenencia a una familia en cuyo seno se hubiera desempeñado el cargo. En algún caso se tiene noticias de que el consejo de los presbíteros era quien seleccionaba al obispo. El obispo contaba con una serie de colaboradores, como hemos dicho, en quienes delegaba distintas funciones li-



túrgicas y asistenciales de la comunidad.

A este sistema de organización que se fue asentando poco a poco a lo largo del siglo II, se llegó no sin discrepancias, y así se explica el esfuerzo teorizador del que hubo de ser acompañado. Quien primero formuló, en una carta de principios del siglo II, la argumentación en la que se pretendía asentar esta nueva organización de la jerarquía, fue Ignacio de Antioquía: si el obispo debía poseer una autoridad indiscutible, era por la procedencia divina de ésta al ser transmitida por un legado exclusivo que se hacía remontar a Cristo y los apóstoles. De esta manera, se fueron convirtiendo los obispos, por oficio y privilegio, en representantes de Cristo en la tierra. La nueva situación dio respaldo a grandes personalidades que ocuparon el cargo de obispo a lo largo del siglo II (Ignacio de Antioquía, Policarpo de Esmirna, Ireneo de Lyon, etc.).

Con el obispado monárquico, que terminó de generalizarse a finales del siglo II, se vertebró de manera más disciplinada la vida de las comunidades cristianas. Pero el nuevo orden tuvo también otros efectos importantes. En las discrepancias doctrinales, abundantes por darse en un medio en el que el conjunto de tradiciones y doctrinas correctas no estaba definitivamente establecido, el obispo se convirtió en el árbitro de las que eran o no eran opiniones correctas. Contribuyeron, pues, de forma importante a definir la ortodoxia y heterodoxia. La creciente institucionalización de las comunidades y la capacidad de control con que se dotó al obispo, colaboró a que remitieran las efusiones carismáticas incontroladas cuyas funciones se quiso distribuir de forma más ordenada a través de la imposición de manos. Otro importante resultado del aumento de las comunidades y del consiguiente mayor trabajo de quienes estaban al frente de

las mismas fue la funcionarización de sus mandatarios. Ello supuso a la larga la existencia de un clero administrador del patrimonio espiritual y temporal de la comunidad frente a los laicos.

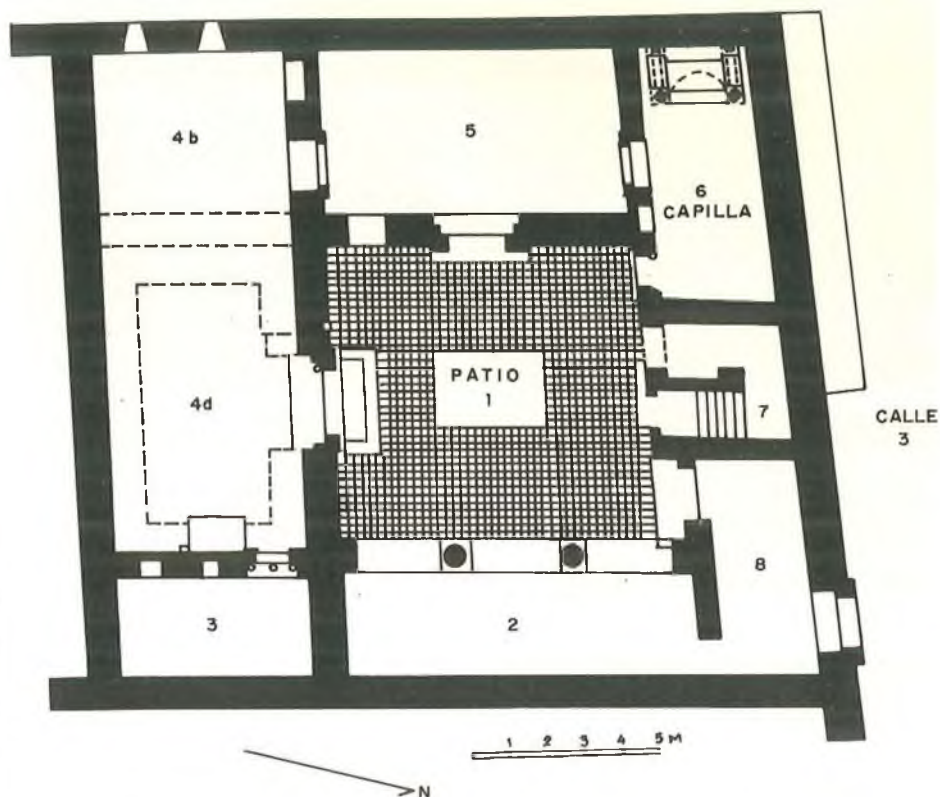
c) Organización supralocal de las iglesias

A pesar de las diferencias de lengua y rito, la mayoría de los cristianos tuvieron conciencia de pertenecer a una comunidad que estaba más allá de su respectiva iglesia local. Ignacio de Antioquía fue el primero en utilizar el término de católica, esto es, «universal», para referirse a la Iglesia. Tal concepción, que era al mismo tiempo un proyecto, se hizo patente desde los primeros tiempos a través de diversas maneras propias de los cristianos: intercambio de visitas entre miembros de distintas comunidades, hospitalidad, relaciones epistolares, cuestaciones solidarias, etc. Desde finales del siglo II se organizaron también sínodos de obispos para adoptar medidas comunes frente a problemas comunes.

En este intercambio de relaciones entre las iglesias se apreciaba la existencia de un mayor prestigio en alguna de ellas. Intervino, como es natural, en la gestación de este prestigio la propia importancia que tenía la ciudad. Cuanto más populosa y próspera fuera la ciudad, más probabilidades había de que la comunidad cristiana fuera más numerosa y activa. De hecho los centros administrativos del Imperio romano terminaron por ser sedes «metropolitanas» (título que se comenzó a utilizar en el siglo IV) con autoridad sobre las iglesias locales del entorno.

d) El primado de Roma

De esta adquisición de prestigio de ciertas iglesias, derivada en parte del lugar en donde se hallaran, se benefi-



**Planta de la casa de Dura Europos donde
está la capilla cristiana (siglo III).**

ció naturalmente la de Roma. Era la capital del Imperio y este hecho se respaldaba además con su fundación por obra de Pedro y Pablo. A medida que la teoría de la sucesión apostólica se fue perfilando para apoyar la concepción del obispado monárquico, se asentó también el prestigio de esta sede: si Cristo le había concedido a Pedro un lugar destacado entre los apóstoles, su sucesor en la sede de Roma poseía una autoridad superior, un primado sobre las otras sedes. Es obvio que esta pretensión no se podía mantener con efectividad más que desde Roma, la capital del Imperio, y ciertamente en ocasiones se le atribuyó en la correspondencia del siglo II un lugar preferente y una cierta capa-

cidad de arbitraje en los problemas de las otras sedes. Ello no supuso que se aceptaran las opiniones del obispo de Roma, por ejemplo, en el debate de la fecha de celebración de la Pascua, ni que se aceptara su capacidad de intervención jurisdiccional (Cipriano de Cartago).

e) La evolución durante el siglo III

Durante el siglo III este proceso de institucionalización de las comunidades cristianas, prosiguiendo en las pautas iniciadas durante el siglo II, se asentó y perfeccionó. Ayudó a ello la expansión del cristianismo que invitaba, al menos en algunas de sus po-

sibilidades, a que se articulara de la manera más eficiente posible la vida en las comunidades. Pero también contribuyeron, y no poco, las tensiones doctrinales que condujeron a perfilar de manera cada vez más precisa los aspectos relacionados con el dogma y la jerarquía. Este proceso fue acompañado por un esfuerzo teorizador que argumentaba las opciones que una parte de los cristianos iba tomando.

Esta doble orientación práctico-teórica se aprecia, por ejemplo, en la creación de una larga serie de auxiliares por debajo del diácono (subdiáconos, acólitos, exorcistas, etc.) o en el surgimiento en ciertas zonas de presbíteros itinerantes que atendían las zonas rurales y, al mismo tiempo, en el esfuerzo reflexivo de Orígenes sobre el tema de los ministerios dentro de las comunidades. También fue en este siglo cuando se comenzaron a configurar las provincias eclesiásticas y la singular posición de la sede de Roma recibió nuevas confirmaciones.

2. Cristianismo y cultura clásica

a) Adaptación y reacción

Uno de los aspectos en relación con el cual el cristianismo hubo de tomar posición, fue su actitud ante la tradición clásica. La doctrina que los cristianos defendían era contraria en bastantes particulares a las concepciones elaboradas y aceptadas por la cultura grecorromana. Un Dios único y excluyente hecho hombre y crucificado, la resurrección de la carne, la manera en la que fue creado el mundo, etc., fueron algunas de las ideas que aportaba esta nueva opción religiosa y que no podían sino sorprender y provocar risas como pudo comprobar Pablo en el Areópago. Pero la opción cristiana sorprendía no sólo por las nuevas ideas con que surgía, sino también por la forma en que las fundamentaba. Su doctrina era fruto de una donación, de una revelación hecha por Dios y, por tanto, su funda-



Fragmentos de grafitos del siglo III.
Catacumbas de S. Sebastián, Roma.



Cristo como Buen Pastor.

mento y veracidad se remitía en último extremo a algo que estaba más allá de la razón y de la discusión. Este hecho era lo que confería al cristianismo, según sus seguidores, superioridad sobre cualesquiera otra opción religiosa o filosófica. Sus partidarios partían, pues, del presupuesto de que esta nueva verdad debía prevalecer sobre la tradición cultural clásica. Sin embargo, algunos cristianos admitieron la posibilidad de que los gentiles hubieran podido alcanzar parte de la

verdad cristiana. Así se explicaban ciertas concordias doctrinales que existían entre el platonismo y el estoicismo, por ejemplo, con la teodicea y ética cristiana. Para explicar la forma en que los gentiles pudieron alcanzar esta parte de verdad se aducía que dependían de las enseñanzas de Moises y que Dios había impreso en el hombre la capacidad de ir descubriendo por medios naturales la verdad.

La definición de los cristianos ante este tema era inevitable. Su voluntad

por conseguir nuevos adeptos les forzaba a hacerse entender y en esta su predicación se vieron emplazados desde un primer momento a buscar formas de aproximación por medio de conceptos afines o conocidos para sus auditorios. Las persecuciones además obligaban a los cristianos a convencer a no creyentes recalcitrantes para los que algunos apologistas buscaron argumentaciones procedentes del ámbito pagano con las que querían demostrar lo justo de su opción y lo injusto de la persecución (contra el politeísmo utilizaron por ejemplo los mismos argumentos que escépticos y empíricos habían aducido desde antiguo). Pero, dejando de lado incluso la voluntad de los cristianos por adherirse a parte de la tradición clásica o a rechazarla en su conjunto, no pudieron evadirse del medio en el que vivían ni prescindir de los instrumentos de comunicación y raciocinio grecorromanos. Bastaba con traducir la doctrina cristiana al griego o al latín para que se introdujeran concepciones —basta con pensar en la palabra «logos»—, significados pregnantes, metáforas y matices varios procedentes de la tradición clásica. Además, no se trataba tan sólo de una traducción, los autores cristianos tomaron prestada de géneros literarios clásicos la preceptiva para producir su literatura incipiente: diatriba, *praxeis*, actas de mártires, género epistolar, etc. Por otra parte, la reflexión doctrinal cristiana que con el tiempo fue ganando en profundidad, recurrió en ocasiones a los instrumentos que le facilitaban escuelas filosóficas que en ciertos aspectos se podían considerar próximas a su forma de pensar. Había también en la tradición clásica comportamientos de personajes o héroes que ciertos cristianos consideraron como un punto de referencia con el que pretendían mostrar afinidades entre lo «mejor» de esta tradición clásica y el cristianismo. Tal fue, por ejemplo, el caso de

Sócrates y de Hércules en ciertos aspectos. Pero es que, además, los cristianos eran hombres de su tiempo e ineludiblemente se asimilaban a ciertas formas de actuación de sus contemporáneos y ello permitió que, por ejemplo, se les comparara con los cínicos por su pobreza, *parrhesia* («audacia de palabra»), predicación itinerante, forma de vestir, etc.

Pero, junto con estas tendencias a la integración, había otras que se oponían radicalmente a lo que entendían como falseamiento de la doctrina cristiana al ser vertida en los moldes clásicos. La fe cristiana, la firme convicción de hallarse en posesión de una verdad que les había sido revelada por Dios, hizo que muchos consideraran superflua cualquier versión helenizante de sus creencias. Entendían que la propia diversidad de las escuelas filosóficas era prueba manifiesta de su incapacidad para alcanzar la verdad y además de por este supuesto fracaso, se miraba con recelo las posibles aportaciones que pudieran realizar las escuelas filosóficas clásicas, porque ciertas herejías —el gnosticismo— se entendían resultado de malas influencias procedentes de este ámbito. Hipólito de Roma, en el prólogo de sus *Philosophumena* expresaba su pretensión de demostrar que las herejías procedían del influjo de los sistemas filosóficos griegos.

b) La opción integradora

La voluntad de fijar un terreno intermedio en el que ciertos elementos abrieran un diálogo, se apreciaba ya desde las líneas introductorias del Cuarto Evangelio y el discurso de San Pablo en el Areópago que nos refieren *Los Hechos*. Pero hasta el siglo II no encontramos un intento de síntesis entre la filosofía griega y el cristianismo. Tal esfuerzo vino de la mano de Justino, quien observaba desde una perspectiva optimista las posibilidades de alcanzar una integración

del cristianismo con la filosofía griega. Admitió, por supuesto, que los filósofos se equivocaron con frecuencia, pero, al mismo tiempo, aceptaba que captaron distintos aspectos de la verdad: si la filosofía estoica, por ejemplo, era perniciosa por su panteísmo, materialismo, etc., ello no significaba que no hubieran acertado con su ética. Con argumentos parecidos concedía al platonismo hallazgos parciales. Justino consideró el *Antiguo Testamento* y la filosofía griega los precedentes en una búsqueda de la verdad que alcanzó su culminación con el cristianismo.

Pero el camino iniciado por Justino se hizo más complejo y profundo con los alejandrinos Clemente y Orígenes, en especial con este último, heredero del método alegórico utilizado por Filón. Orígenes, poseedor de una excelente formación en filosofía griega e influido por el platonismo ecléctico de su época —como Clemente—, que incorporaba la ética estoica en una metafísica platónica, elaboró una ingente obra teológica que es una compleja síntesis de cristianismo y cultura clásica.

c) Los cristianos radicales

Pero frente a esta opción integradora había otras decididamente contrarias a todo lo que supusiera un contacto con la cultura clásica. Taciano, paradójicamente un discípulo de Justino, elaboró un *Discurso a los griegos* que es un largo y pormenorizado ataque contra múltiples aspectos que formaban parte de la tradición venerable que configuraba la *paideia* griega: religión, filosofía, retórica, literatura, diversiones, etc. Pero, a pesar de su clara animadversión hacia todo lo que supusiera algo de cultura clásica, su forma de argumentar, sus recursos expresivos, serían incomprensibles en una persona que careciera de esa formación que él tan profundamente detestaba. Esto mismo sucedió con

Tertuliano, brillante jurista norteafricano y conocedor de Platón, Aristóteles, del estoicismo y seguidor de las pautas retóricas de la Segunda Sofística. Para él, Atenas no tenía nada que ver con Jerusalem, ni la Academia con la Iglesia, y reducir el cristianismo a términos razonables era olvidarse de su carácter sobrenatural. Por ello entendía que procurar que la filosofía o el pensamiento pagano se mezclara con el evangelio era adulterar éste y producir una amalgama doctrinal que no aportaría satisfacción ni a paganos ni a cristianos. Pero, a pesar de esta manera de ver las cosas, él usó profusamente de los recursos que le facilitaba su educación tradicional para defender y propagar lo que tenía por verdad. Esta actitud disciplente y beligerante de los cristianos con respecto a la tradición clásica resultaba tanto más insufrible a los paganos, cuanto que entendían, como Celso, que procedía de un grupo inspirado en ideas bárbaras, formado por proletarios y propugnador de una fe ciega.

3. Controversias y escisiones en el cristianismo

a) Introducción

Había otro rasgo entre los cristianos que fue también objeto de crítica entre los autores paganos que hablaron de ellos, me refiero a su diversidad. Celso, en el *Discurso verdadero*, indicaba entre otras muchas cosas contrarias a los cristianos, que eran resultado de una disidencia dentro del judaísmo, pero que a su vez este mismo espíritu faccioso había generado en el cristianismo múltiples sectas. En la réplica que recibió esta obra de mano de Orígenes setenta años después, se reconocía en buena medida la existencia de una amplia gama de opciones cristianas, aunque se las criticara.

Que surgieran discrepancias a la hora de entender y vivir una opción religiosa como la cristiana es fácil de creer. El cristianismo en un comienzo no constituía un cuerpo doctrinal sólidamente elaborado y se prestaba a ser desarrollado en virtud de su propia potencialidad, de los medios culturales y de las tendencias vitales de aquellas personas entre las que se difundió. Basta con leer la primera carta de Pablo a los Corintios para apreciar las discrepancias que podían aparecer en una sola comunidad. En el proceso de una configuración más precisa doctrinal surgieron no pocas divergencias y, como fruto de ellas, se fueron elaborando distintos medios para desautorizar las opciones contrarias. En estas controversias se confeccionó la lista de los libros inspirados (*Canon*), se afirmó el concepto de «tradición» según el cual los apóstoles habrían sido depositarios de una «tradición» transmitida oralmente de generación en generación por medio de obispos y presbíteros, se comenza-

ron a hacer los símbolos bautismales, una versión sintética de las creencias que el neófito debía aceptar y, en fin, se precisaron las líneas divisorias entre ortodoxia y heterodoxia. Pretendía cada una de las partes en conflicto presentar una opción como la original, la primitiva, la que se remitía a las verdaderas fuentes, y a la contraria como fruto de una desviación.

Las desavenencias que existieron en los tres primeros siglos de cristianismo fueron muy diversas y también tuvieron un alcance muy diferente. La primera, sin duda, fue la que se planteó en el año 49 en el llamado Concilio de Jerusalem, en la que se debatió, bajo la presión «nacionalista» del judaísmo de la época, hasta qué punto debía asociarse el destino del cristianismo con el del judaísmo. Como es sabido, la opción pagano-cristiana defendida por San Pablo resultó victoriosa, aunque no sin tensiones. Pero si en un primer momento las discrepancias surgieron ante la posibilidad de romper el núcleo ju-



Figura de orante (fines del siglo III).
Cementerio de Calixto, cripta de lo Cinco Santos, Roma.

deocristiano inicial, con el tiempo los problemas surgieron como fruto de la diversidad de tradiciones que alcanzó a tener el cristianismo. Ello fue la causa de la Controversia Pascual. Mientras la Iglesia asiática celebraba la Pascua el mismo día que los judíos, fuera de Asia las comunidades cristianas la celebraban en otra fecha. Esta diferencia se convirtió en conflicto entre romanos y asiáticos residentes en Roma en torno al 120 y el problema se fue intensificando a lo largo del siglo II, hasta que se optó por prescindir de la pretensión de unificar las tendencias.

b) Las llamadas grandes herejías de los siglos II y III

Más importante que estas discrepancias fueron las llamadas herejías, entre las que destacan, para los siglos II y III, la gnóstica en sus múltiples versiones (Valentín, Carpócrates, Basilides, etc.), la marcionita, vinculada en ciertos aspectos con el gnosticismo y que se prolongó con el maniqueísmo, y la montanista.

Fue el gnosticismo resultado de una compleja conciliación de elementos religiosos y filosóficos diversos por las características de los propios elementos y por su origen (judío, cristiano, helénico e iranio). Los textos de Nag Hammadi hallados en el 1945, y cuyo estudio se encuentra todavía en un proceso de asentamiento de resultados, han completado la imagen parcial que teníamos del gnosticismo, fruto de informes intencionados de heresiólogos cristianos y platónicos. Lo que sí parece claro es que sus creencias y mitología no eran tan psicopáticas e irracionales como querían hacer creer sus adversarios. La oferta gnóstica, con su búsqueda de un «conocimiento» alimentado en una introspección interior y con su pesimismo, se acomodaba al tono existencial de la segunda mitad del siglo II y del III. Su atractivo y capaci-

dad de infiltración se evidencia, además de por los furibundos ataques que recibieron de los cristianos, por los de autores tan pausados por lo general como Plotino, preocupado por las influencias gnósticas que apreciaba en sus discípulos.

La opción de Marción, nacido en el Ponto a finales del siglo I, también alcanzó un notable éxito. Desarrollaron ciertas ideas paulinas a las que dieron una forma radical y sencilla. Se concretó en un dualismo en el que se enfrentaban de manera irreductible el *Evangelio* con la Ley, el Nuevo con el Viejo Testamento, el Bien con el Mal. Redujeron el canon de libros sagrados al evangelio de San Lucas y a las epístolas de San Pablo. Estas creencias se daban en unas comunidades muy bien organizadas en las que se vivía ascéticamente. Esta tendencia comenzó a decaer desde mediados del siglo III para preceder y, en parte, ser sustituida por el maniqueísmo.

Montano, personaje de origen trigio que nació en la segunda mitad del siglo II, fue el promotor de un intento de recuperación del aspecto carismático del cristianismo que durante el siglo II empezó a perder el significado que tuvo en los primeros tiempos. Tal opción surgía para y ante la expectativa del inminente final de los tiempos. El rigorismo ascético con el que se preparaban para este acontecimiento y sus autodenuncias para, por medio del martirio, anticipar una nueva vida, constituyen dos de sus rasgos más destacados. Su capacidad de convocatoria se aprecia entre otras cosas por el hecho de haberse sumado a sus filas Tertuliano a partir de los primeros años del siglo III.

Pero no fueron éstas las únicas disidencias y de hecho en la segunda mitad del siglo III con la controversia sobre la Trinidad y con el surgimiento del maniqueísmo se estaban incubando las grandes confrontaciones del siglo IV.

Cronología

Año a.C.	Acontecimientos
509	Fundación de la República.
494	Institución de los tribunos de la plebe.
493	<i>Foedus Cassianum</i> .
486	Condena de Spurio Casio.
479	Batalla del Cremera.
474	Batalla de Cumas.
471	Tribunado de Publilio Volerón.
462	<i>Rogatio Terentilla</i> .
460	Episodio de Apio Herdonio.
451-450	Decenvirato y ley de las XII Tablas.
449	Leyes de Valerio y Horacio.
445	Ley de Canuleyo.
444	Institución del tribunado militar con poder consular.
443	Creación de la censura.
441	Episodio de Spurio Maelio.
431	Batalla del Algido.
426	Conquista de Fidenas.
396	Conquista de Veyes.
393	Reparto del <i>ager Veientanus</i> .
390-387	Invasión de los celtas en Roma.
384	Episodio de Tito Manlio.
367	Leyes Licinio-Sextias.

Bibliografía

Fuentes

Además de las grandes colecciones de textos patrísticos (*Patrología Latina*, *Patrología Graeca*, *Die griechischen christlichen Schriftsteller der ersten drei Jahrhunderten*, *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum*, *Sources Chrétiennes*, *Corpus Christianorum*, etc.), unas ediciones y traducciones útiles son:

Ed. bilingüe de Flavio Josefo, en la *Loeb Classical Library*.

Ed. trilingüe del Nuevo Testamento, en la *Biblioteca de Autores Cristianos*.

Eds. bilingües de *Padres Apostólicos*, *Padres Apologistas Griegos (s. II)*, *Acta de los Mártires Apócrifos*, *Obras de San Cripriano*, *Historia de la Iglesia*, de Eusebio de Cesárea, pueden encontrarse en la *B. A. C.*

Traducción del *Contra Celso*, de Orígenes, también en la *B. A. C.*

Textos de los gnósticos en *Biblioteca Clásica Gredos*.

Robinson, J. M. (ed.), *The Nag Hammadi Library in English*, San Francisco-Leiden, 1977.

Antología de textos: **Kirck, C.**, *Enchiridion fontium historiae ecclesiasticae antiquae*, Barcelona-Friburgo, 1960 (8.ª ed.).

Análisis de las fuentes cristianas: **Quasten, J.**, *Patrología*, 3 vols., Madrid, 1961-1981.

Bibliografías y puestas al día

Para una puesta al día temática y bibliográfica del judaísmo y cristianismo

primitivo son fundamentales los vols. correspondientes de **Temporini, H.**, y **Haase, W.** (eds.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*. Los hasta ahora aparecidos son: II 19 (1-2), II 20, II 21 (1-2), II 23 (1-2).

El judaísmo

Baron, S. W., *Historia social y religiosa del pueblo judío*, 8 vols., Buenos Aires, 1968.

Jeremías, J., *Jerusalén en tiempos de Jesús*, Madrid, 1980 (2.ª ed.).

Schürer, E., *Historia del pueblo judío en tiempos de Jesús*, ed. por G. Vermes, F. Millar y M. Black, 2 vols., Madrid, 1985.

Simon, M., y **Benoit, A.**, *El judaísmo y el cristianismo antiguo*, Barcelona, 1972.

—, *Verus Israel. Étude sur les relations entre chrétiens et juifs dans l'Empire Romain (135-425)*, París, 1964.

Historias generales del cristianismo primitivo

Danielou, J., y **Marrou, H. I.**, *Nueva historia de la Iglesia*, Tomo I: *Desde los orígenes a San Gregorio Magno*, Madrid, 1964.

Fliche, A., y **Martin V.** (eds.), *Histoire de l'Eglise*, vols. I-II, París, 1935 (hay traducción española).

Jedin, H. (ed.), *Manual de historia de la Iglesia*, tomo I, Barcelona, 1966, pp. 92-631 (de K. Baus).

Puente Ojea, G., *Ideología e historia. La formación del cristianismo como fenómeno ideológico*, Madrid, 1974.

Simon, M., y **Benoit, A.**, *El judaísmo y el cristianismo antiguo*, Barcelona, 1972.

Jesús

Geiselmann, J. R., *Jesús el Cristo. La cuestión del Jesús histórico*, Alcoy, 1971.

Goguel, M., *Jesús de Nazareth. Mythe ou histoire*, París, 1950 (2.^a ed.).

Vermes, G., *Jesús el judío*, Barcelona, 1984 (3.^a ed.).

Pablo

Bornkamm, B., *Pablo de Tarso*, Salamanca, 1979.

Fitzmyer, J. A., *Teología de San Pablo*, Madrid, 1978.

Nock, A. D., *St. Paul*, Londres, 1948 (3.^a ed.).

Cristianismo e Imperio Romano

Harnack, A. von, *Die Mission und Ausbreitung des Christentums in den ersten drei Jahrhunderten*, Leipzig, 1924, 4.^a ed.

Sordi, M., *Il cristianesimo e Roma*, Bologna, 1965.

I cristiani e l'Impero Romano, Milán, 1984.

Las persecuciones

Frend, W. H. C., *Martyrdom and Persecution in the Early Church*, Oxford, 1965.

«El fracaso de las persecuciones en el Imperio Romano», en M. I. Finley (ed.), *Estudios de Historia Antigua*, Madrid, 1981, pp. 289-314.

Grégoire, H., *Les persécutions dans l'Empire Romain*, Bruselas, 1950.

Ste. Croix, G. E. M. de, «¿Por qué fueron perseguidos los primeros cristianos?», en M. I. Finley (ed.), *o.c.*, pp. 233-273.

Cristianismo y cultura clásica

Benko, S., *Pagan Rome and the Earley Christians*, Londres, 1985.

Cochrane, C. N., *Cristianismo y cultura clásica*, México, 1949 (hay reimpresión).

Chadwick, H., *Early Christian thought and the Classical Tradition*, Oxford, 1966.

Dodds, E. R., *Paganos y cristianos en una época de angustia*, Madrid, 1975.

Gigon, O., *La cultura antigua y el cristianismo*, Madrid, 1970.

Jaeger, W., *La cultura antigua y el cristianismo*, Madrid, 1970.

Labriolle, P. D., *La réaction païenne. Etude sur la polémique anticétienne du I^{er} au VI^e siècle*, París, 1934.

Leipoldt, J., y **Gundmann, E.**, *El mundo del Nuevo Testamento*, 3 vols., Madrid, 1973.

Nock, A. D., *Early Gentile Christianity and its Hellenistic Background*, Nueva York, 1964.

Controversias y escisiones en el cristianismo

García Bazán, F., *Gnosis: la esencia del dualismo gnóstico*, Buenos Aires, 1978 (2.^a ed.).

Harnack, A. von, *Marcion, das Evangelium von fremden Gott*, Leipzig, 1924 (2.^a ed.).

Labriolle, P. de, *La crise montaniste*, París, 1913.

Orbe, A., *Estudios valentinianos*, 3 vols., Roma, 1955-1966.

Pagels, E., *Los evangelios gnósticos*, Barcelona, 1982.

Puech, H.-Ch., *En torno a la gnosis*, vol. I, Madrid, 1982.